

LA ESPIRITUALIDAD DEL COMPROMISO CON EL POBRE EN APARECIDA

JESÚS GABRIEL MEDINA CLAROS

**UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA (UPB)
CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO (CELAM)
INSTITUTO TEOLOGICO-PASTORAL PARA AMERICA LATINA (ITEPAL)
BOGOTÁ, D.C.**

2014

LA ESPIRITUALIDAD DEL COMPROMISO CON EL POBRE EN APARECIDA

JESÚS GABRIEL MEDINA CLAROS

**Trabajo de grado para optar por el título de
Licenciado Canónico en Teología Pastoral**

Director

Gabriel Naranjo Salazar

Especialista en Sagrada Escritura

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA (UPB)

CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO (CELAM)

INSTITUTO TEOLOGICO-PASTORAL PARA AMERICA LATINA (ITEPAL)

BOGOTÁ, D.C.

2014

Nota de Aceptación

Presidente del Jurado

Jurado

Jurado

Bogotá, Julio de 2014

Dedicatoria

A mis hermanos pobres, presentes en Achí y Montecristo (Bolívar) y, en Tierradentro (Cauca) con los indígenas paeces, quienes han sido mi mejor escuela de enseñanza; a mi madre Irene Claros y, en ella, a toda la familia y quienes han orado por este trabajo; al P. Gabriel Naranjo Salazar, CM, director de este trabajo de investigación y, en él, a la Congregación de la Misión y a los que de una u otra manera me prestaron su apoyo.

Dios y los pobres les recompensen.

CONTENIDO

Dedicatoria.....	4
Tabla de sigas.....	7
Resumen.....	8
Introducción.....	10
1. El pobre en Aparecida.....	11
1.1. Las condiciones de los pobres.....	11
1.2. Los rostros de los pobres.....	18
2. La antropología del pobre y su presencia en Aparecida y el magisterio pontificio....	23
2.1. En general.....	23
2.1.1. Pobre y pobreza.....	23
2.1.2. La realidad antropológica del pobre en Latinoamérica.....	24
2.1.3. Hay que creer, aprender, escuchar y vivir como los pobres.....	25
2.1.4. Con los pobres, otro mundo es posible.....	25
2.1.5. Jesús optó por una vida pobre.....	26
2.1.6. Un aporte antropológico desde América Latina.....	27
2.2. La antropología del pobre en Aparecida.....	28
2.2.1. La opción por la vida.....	28
2.2.2. La opción por Jesucristo.....	29
2.2.3. La opción misionera por los pobres.....	31
2.3. La antropología del pobre en la Verbum Domini.....	32
3. La dimensión contemplativa del compromiso con el pobre.....	34
3.1. Concretización en la realidad.....	36
3.1.1. La solidaridad con los pobres.....	38
3.1.2. La caridad compasiva.....	39
3.1.3. Con los pobres, hasta el martirio.....	40
3.2. Espiritualidad.....	41

3.2.1. Compromiso con formación y espiritualidad en Aparecida.....	41
3.2.2. Estilo de vida pobre.....	42
3.2.3. Compromiso y espiritualidad en claves de cambio sistémico.....	44
 4. San Vicente y el compromiso efectivo y afectivo con el pobre.....	46
4.1. El tiempo y la experiencia de Vicente de Paúl.....	46
4.2. La caridad encarnada.....	49
4.3. ¿Cómo consideró Vicente a los pobres?.....	50
4.3.1. Los pobres son ‘nuestros amos y maestros’.....	50
4.3.2. Los pobres serán nuestros jueces.....	51
4.3.3. Los pobres son camino de peregrinación.....	52
4.3.4. Los pobres nos evangelizan.....	53
4.3.5. Los pobres son el rostro de Cristo.....	54
4.4. La compasión de Vicente por los pobres.....	55
4.5. La fe y la vida.....	56
 Conclusiones.....	57
Referencias Bibliográficas.....	59

TABLA DE SIGLAS

DA	Documento de Aparecida
DM	Documento de Medellín
DPA	Documento de Participación en Aparecida
DSD	Documento de Santo Domingo
GS	Gaudium et Spes
SARA	Síntesis de los Aportes Recibidos de Aparecida
VD	Verbum Domini

RESUMEN

La historia que han vivido los pueblos latinoamericanos y caribeños, especialmente los más pobres, ha estado sometida a unas condiciones de inequidad que los marginan, cada vez más, de las posibilidades de una vida digna, y del acceso a las oportunidades de las que ordinariamente han disfrutado solo unos pocos.

La Iglesia, no obstante su responsabilidad en esta problemática, siempre ha estado del lado de los pobres. De hecho, ha reafirmado una y otra vez su opción preferencial por ellos. La reflexión que, sobre todo después del Concilio Vaticano II, ha hecho sobre la realidad y sobre su incidencia en la suerte de los marginados, y la praxis de un compromiso coherente, la ha llevado a la altura de una propuesta antropológica inspirada en los valores del pobre que, por lo mismo, tiene alcances profundamente evangélicos, como el de la espiritualidad. Estos elementos y estos avances se cruzaron de modo profético en el acontecimiento de Aparecida y su Documento Conclusivo.

La presente investigación se adentró en esta propuesta, partiendo de los factores que producen y mantienen la condición del pobre, como es el impulso vertiginoso del capitalismo neo-liberal y de la globalización, que más que crear una sociedad de solidaridad, ha generado una sub-cultura de la insensibilidad y de la indiferencia, en donde se ha puesto el dinero por encima de la dignidad humana, como lo ha estado recordando el Papa Francisco. A la luz de la condición cristológica de los pobres, pues ellos son el rostro de Cristo, se profundizó su perspectiva antropológica, permeada por la extraordinaria riqueza espiritual que poseen los pueblos latinoamericanos y caribeños; y se reflexionó sobre las implicaciones del compromiso con ellos, hasta remontarlo a los alcances del cambio sistémico, iluminado por las enseñanzas y la práctica de un gigante de la caridad, como fue San Vicente de Paúl. El resultado que se pretendía era un discipulado misionero que, no solo se proyecte hacia los pobres, sino que también se deje enriquecer por ellos como propuesta de realización humana.

PALABRAS CLAVE: Pobre, antropología, espiritualidad, compromiso, discipulado.

ABSTRACT

The story of Latin American and Caribbean people, especially the poorest, has been subjected to conditions of inequality and marginalization increasing, that block the chances of a decent life and access to opportunities which ordinarily have enjoyed only a few.

The Church, however their responsibility in this issue, has always been on the side of the poor. In fact, it has time and again reaffirmed its preferential option for them. The reflection that, especially after the Second Vatican Council, has made about reality and its impact on the fate of the marginalized, and the practice of a consistent commitment, has led to the rise of an anthropological approach inspired by the values the poor who, therefore, has deeply evangelical scope, such as spirituality. These elements and these advances were crossed in a prophetic way in the Aparecida meeting and the final document.

This research delved into this proposal, based on the factors that produce and maintain the condition of the poor, as is the rapid momentum of neo - liberal capitalism and globalization, rather than creating a society of solidarity, has generated a sub - culture of callousness and indifference, where it has put money above human dignity, as it has been recalling the Pope Francisco.

In light of his christological condition of the poor, for they are the face of Christ, his anthropological perspective permeated by spiritual wealth they possess extraordinary Latin American and Caribbean nations deepened, and reflected on the implications of commitment to them, to trace it to the scope of systemic change, illuminated by the teachings and practice of a giant charity, as was St. Vincent de Paul.

The result was intended was a missionary discipleship not only be projected to the poor, but also leave them as proposed by enriching human embodiment.

KEYWORDS: Poor, anthropology, spirituality, commitment, discipleship.

INTRODUCCION

El tema del compromiso con los pobres, sobre todo a partir de la aplicación del Concilio Vaticano II que hizo la Conferencia de Medellín, ha sido central y determinante en la vida y misión de la Iglesia latinoamericana y caribeña. Esta opción preferencial ha llegado a ser quizás su mayor riqueza y quizás su mayor sufrimiento porque, al mismo tiempo que la ha acercado al testimonio del Maestro, el Verbo encarnado que se hizo pobre y vivió al lado de los pobres, le ha ocasionado persecuciones de quienes han sostenido otros intereses y divisiones internas a causa de los extremos sociologistas de unos pocos.

Lo que llama la atención de esta novedad eclesial es el impresionante cambio de la misma Iglesia en su compromiso con los pobres y, más aún, la profundización progresiva que ha ido haciendo durante los últimos 50 años del sentido del pobre, de la realidad que lo condiciona, de su raíz evangélica, de su espiritualidad, de su antropología, de su teología cristológica y de sus implicaciones en la vivencia, no solo de la fe cristiana, sino también de un proyecto de vida humano y humanizante.

Por otra parte, se está viviendo un cambio de época, que contiene grandes posibilidades y, también, grandes desafíos (DA 33); y somos de un Continente, el latinoamericano y caribeño, preñado de riquezas humanas y espirituales poco exploradas. Cruzados estos elementos con la reflexión de la Iglesia sobre el sentido del pobre y sus implicaciones, resulta imperioso y fascinante el acercamiento a Aparecida, para descubrir allí la veta de una espiritualidad anclada en la realidad, más aún, en la antropología del pobre, y desatar un proceso de renovación misionera del catolicismo latinoamericano y caribeño, a partir del encuentro con Jesucristo, en la persona de los pobres (DA 41). De allí ha brotado ya una vivencia de la fe, en clave discipular y misionera, definida por el seguimiento del Maestro, hasta la identificación con El, que ha aportado mucho a la Iglesia universal, como sucedió en los dos últimos Sínodos, sobre la Palabra de Dios en la vida y la misión de la Iglesia (2008) y sobre la nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana (2012).

En este panorama no se desconoce que los pueblos de este Continente están sufriendo una situación de marginación, que cada vez se agudiza más. La Iglesia es consciente de esta problemática, y hay que valorarle el trabajo que ha hecho a lo largo de la historia por dar respuesta al clamor que desde allí se escucha; hay que valorar el esfuerzo que ha hecho por estar, en actitud samaritana, al lado del que sufre, del explotado, del oprimido. Hay que exaltar, al mismo tiempo, a muchos pastores, religiosas, catequistas, laicos que han entregado la vida por las multitudes sufrientes de estas tierras. Pero hay que reconocer, también, que aún la Iglesia, en las actuales circunstancias, sigue siendo tímida en su identificación con la causa de los marginados, sigue temiendo la pérdida de sus seguridades, sigue corriendo el riesgo de contagiarse con la cultura del bienestar y de la auto-referencia del encierro en sí misma. De ahí el llamado de Papa Francisco a una Iglesia pobre, para los pobres; su preferencia por una Iglesia accidentada, porque sale a las periferias de los pobres, a una Iglesia enferma porque no sale de casa, auto-referenciándose; y su deseo de una Iglesia más compasiva, más pastora, con olor a oveja, que cure las heridas de los pobres.

Este estudio sobre el compromiso con el pobre, a la luz de Aparecida, está contextualizado en este caminar de la Iglesia de América Latina y el Caribe y en las orientaciones del actual sucesor de Pedro, proveniente, por primera vez, precisamente de este Continente. En otras palabras, pretende ayudar a tomar conciencia de que la razón de ser de la Iglesia son los pobres, es decir, los marginados, a los que la sociedad moderna con sus avances ha excluido; de que la Iglesia nació para ellos, y de que, solamente en el compromiso con los pobres, la Iglesia tiene futuro.

Este propósito pretende los alcances de un compromiso, no mecánico, sin alma, sino espiritual; no puntual, pasajero, sino procesual y estructural; no solo hacia afuera, hacia los pobres, el hacer del misionero, sino también hacia adentro, el ser del discípulo.

LA ESPIRITUALIDAD DEL COMPROMISO CON EL POBRE EN APARECIDA

1. El pobre en Aparecida

1.1 Las condiciones de los pobres

La búsqueda del sentido del pobre en el Documento Conclusivo de Aparecida tiene un presupuesto que hay que tener en cuenta porque está en la base de sus planteamientos. Se trata de los condicionamientos sociales e históricos que producen la pobreza y marcan la suerte de los pobres. Éstos, de hecho, no existen en el aire. Al fin y al cabo, hablar de los pobres es hablar de un hombre concreto, inmerso en una cultura, una lengua, un sistema económico, una religión; es un ser situado. Estas circunstancias que lo envuelven son las que condicionan su modo de pensar y su modo de vida: “El ser humano no es una idea, ni es pura esencia, es un ser concreto. El hombre en general no existe, lo que existe es este hombre, y no se puede entender a este hombre, si no se le sitúa en realidades concretas” (Carrasquilla, 1997, p. 67). De entre estos condicionamientos hay que destacar los que afectan su vida diaria, los materiales. Esta es la realidad que más determina al pobre. Si alguien vive con lo necesario, como el techo, la comida, el vestido, esa persona estará tranquila y podrá enfrentar, por ejemplo, una enfermedad. De ahí que un enfermo pobre, que carece de lo necesario, es muy distinto a un enfermo rico, que todo lo tiene. Lo material condiciona la vida de todo ser humano, su manera de ver el mundo, su manera de pensar.

Teniendo en cuenta este presupuesto, hay que reconocer que Jesucristo comprendió el mundo del pobre porque Él mismo tomó su condición; tuvo la autoridad para hablar de los pobres porque Él mismo se hizo pobre con los pobres. Gracias a esta inserción, además, asumió los valores de solidaridad, de sacrificio, de alegría, de esperanza que viven los pobres. Por la relación entre la realidad material y la condición de pobre, es muy difícil que una persona que haya vivido siempre en un ambiente donde no le ha faltado nada y, por lo tanto, que no haya pasado sufrimientos, sea capaz de vivir en las condiciones de carencias materiales que padecen los pobres, como sucede con la mayoría de los latinoamericanos y

caribeños. La suerte de unos y otros resulta muy distinta: una persona rica, que desde su nacimiento lo ha tenido todo, y que decide irse a compartir la vida de los pobres, puede en cualquier momento hacer la opción de regresar a la vida cómoda de antes; para los pobres esta opción nunca es posible (Carrasquilla, 1997).

El II Congreso Continental Latinoamericano de Vocaciones (CELAM, 2011) analizó el panorama de estos factores determinantes de la suerte de los pobres, sobre todo en relación con los jóvenes, y destacó dos niveles:

a. El nivel socio-económico

Se escucha el clamor de mujeres y hombres sumergidos en cuadros de pobreza y miseria: niñas y niños víctimas del aborto o sometidos a la prostitución infantil; jóvenes que reciben una educación de baja calidad y no tienen oportunidades de estudios ni de trabajo; mujeres excluidas en razón de su sexo; comunidades indígenas y afroamericanas no tratadas con dignidad e igualdad de condiciones. Amenaza el flagelo del narcotráfico o narco-negocio, que destruye el tejido social y económico en regiones enteras, permea todos los niveles de la sociedad, desintegra la familia, abre paso a la violencia y a la pobreza, al desplazamiento y a la exclusión, a la soledad y la pérdida de valores; es consecuencia y causa a la vez de un vacío existencial en los jóvenes.

Mientras la sociedad propone los ídolos del poder, la riqueza y el placer efímero como referentes de realización humana y de organización social, la economía privilegia el lucro, estimula la competencia, aumenta las desigualdades, promueve la injusticia, genera todo tipo de pobrezas, desprecia el bien común; sin control y direccionada por las transnacionales, absolutiza la eficacia y la productividad como valores reguladores de las relaciones humanas. La distribución del ingreso en los países de América Latina y el Caribe es una de las más desiguales del mundo, a un ritmo que se ha mantenido en los últimos cuatro decenios y ha llevado en los años más recientes a una pobreza que alcanzó a un 33,1% de la población, incluido un 13,3% que vive en condiciones de pobreza extrema o

indigencia: contamos con 183 millones de pobres y 74 millones de indigentes. Emerge una generación de “desechables” en la lógica de lo superfluo.

b. El nivel político-cultural

Se constata el avance de diversas formas de represión autoritaria que derivan en regímenes de corte neo-populista. La democracia puramente formal no siempre se abre a aquella más participativa, basada en el respeto y la promoción de los derechos humanos.

Crecen los laberintos de la corrupción del poder que en países enteros ha ido implantando la “cultura de la ilegalidad”, con la generalización de la impunidad, el nepotismo y la evasión de impuestos, mientras que la cultura —entendida como el modo de vida de una comunidad— producto de la interacción humana va siendo relegada.

La sobrevaloración de la subjetividad individual, que debilita los vínculos interpersonales y comunitarios, propone una radical transformación del tiempo y del espacio en función del presente y a favor de la inconsistencia y la inestabilidad; deja de lado la preocupación por el bien común para dar paso a la realización inmediata de los deseos personales y genera supuestos “derechos individuales”, por lo general arbitrarios. A nivel personal, provoca degradación humana y pérdida de identidad y de valores; a nivel familiar, lleva a la desintegración de la familia y a la pobreza; a nivel cultural, suscita una pérdida del sentido de pertenencia y de las relaciones institucionales.

Los medios de comunicación son una amenaza cuando solo informan y no forman: “Lejos de llenar el vacío que en nuestra conciencia se produce por la falta de un sentido unitario de la vida, en muchas ocasiones, la información transmitida por los medios solo nos distrae” (Conclusiones del III Congreso Vocacional del Brasil, 2010, 5). Ellos, con frecuencia, proponen modelos que no son compatibles con la realidad, desconectan de ella y del mundo y llevan a una vida virtual, en un mundo irreal.

El Documento de Aparecida precisó cuatro factores de la realidad que afectan directamente la suerte de los pobres:

c. La globalización

El fenómeno de la globalización, definido por el interés, por lo general egoísta, de los países ricos, está impactando seriamente al mundo actual. Se podría decir que la política de la globalización está diseñada para hacer más ricos a los ricos, y hacer más pobres a los pobres. Se trata de un sistema diseñado para que lo puedan disfrutar solamente los ricos, por lo que a la larga es una fábrica de pobres. ¿En este sistema, los pobres a dónde irán a parar?, ¿en dónde van a vivir el mañana? Una globalización así, sin solidaridad, afecta negativamente a los sectores más vulnerables.

Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y la opresión, sino de algo nuevo: la exclusión social. Con ella queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está abajo, en la periferia o sin poder, sino que se está afuera. Los excluidos no son solamente ‘explotados’ sino ‘sobrantes’ y ‘desechables’.
(DA 65)

Lo preocupante es cómo y de qué manera, este fenómeno envolvente, que ya no tiene vuelta atrás, es capaz de valorar, de rescatar, de asumir, de respetar y de integrar las riquezas culturales de los pueblos latinoamericanos. Y también, de qué manera, los pueblos latinoamericanos y caribeños asumirían este nuevo fenómeno; de qué manera van a preservar, van a cuidar, van a defender, van a valorar lo propio de sus pueblos, sin que por esto se vean libres de los conflictos, las persecuciones y los atropellos que imponen estas políticas públicas. Hay que preguntarse seriamente si la globalización va a generar oportunidades para los pueblos, especialmente para los pobres; si la globalización va a generar unidad de los pueblos y naciones. Mientras que el lucro esté por encima de las personas y los pueblos será imposible abrir camino a una sociedad más justa y humana.

d. La corrupción

La oleada de corrupción, en lo que tiene que ver con el dinero, azota a la mayoría de los países latinoamericanos y caribeños. Se da más que todo entre los responsables del tesoro público, con un comportamiento que va en contra del pueblo, por mucho que éste exija que se le rindan cuentas de ese tesoro, que es del bien común. Todo esto, amparado en intereses oscuros, genera una violencia y formas de enriquecimiento ilícito que afecta la suerte de los más pobres (DA 70).

e. El desempleo

Las condiciones económicas de la mayoría de los pueblos latinoamericanos y caribeños no son alentadoras. Esta realidad se constata en el subempleo, el desempleo, el trabajo informal y los salarios bajos, que no hacen posible una buena calidad de vida de la gente. Es cierto que se intenta contrarrestar esta problemática con proyectos de cambio sistémico, microempresa, economía solidaria, comercio justo, en los que los mismos afectados tienen un papel protagónico, pero la avalancha del empobrecimiento parece no detenerse. La falta de oportunidades de trabajo es una de sus causas (DA 71).

f. La movilidad humana

Una de las consecuencias típicas de la pobreza de hoy es el fenómeno de las migraciones: del campo a la ciudad, de un país a otro, de un hemisferio a otro. Casi 20 millones de latinoamericanos y caribeños residen fuera de sus lugares de origen, la mayoría en América del Norte o en otras naciones industrializadas.

Es un fenómeno que se da no sólo al nivel de los países latinoamericanos, lo están sufriendo prácticamente todos los países del mundo. Se ha convertido en una peregrinación de los países de abajo, buscando una mejor vida, hacia los países de arriba; un deambular de los países pobres del sur, huyendo de la violencia, del hambre, del desempleo, hacia los países ricos del norte. Lo peor de todo es que en muchos lugares se siguen cerrando las

fronteras a miles de inmigrantes, no obstante su innegable aporte con su mano de obra al progreso de los países a donde llegan. No hay libre circulación para los seres humanos, pero si los hay para los productos y el dinero.

Un ejemplo escandaloso del drama de la movilidad humana es lo que acaba de suceder en un país de América Latina, República Dominicana, con la sentencia No. 0168/13 del 23 de septiembre de este año 2013 de su Tribunal Constitucional, que vulnera los derechos de los migrantes haitianos y sus descendientes. El mandato de la sentencia es alarmante: registrar como extranjeros a todos los descendientes de inmigrantes indocumentados nacidos en territorio dominicano a partir de 1929. Despoja de su nacionalidad a cuatro generaciones de personas que durante más de 80 años fueron registradas como dominicanas al amparo de la Constitución y las Leyes vigentes. La cifra oficial de los afectados por esta sentencia supera las 24.000 personas, mientras que otros estimados afirman que la cifra real es alrededor de 250.000. Estas personas nacieron en República Dominicana y poseen un acta de nacimiento reconocida legalmente por el gobierno dominicano, pero ahora quedarán en condición de apátridas, a pesar de haber nacido, vivido y sólo conocer República Dominicana. Muchas de estas personas han obtenido sus cédulas de identidad y electoral, han viajado con su pasaporte dominicano, se han casado y tienen actas de matrimonio. Ahora, de forma tajante, esa sentencia les está negando su nacionalidad dominicana. Este despojo arbitrario de la nacionalidad constituye una violación de derechos civiles y de acuerdos internacionales (Superiores Mayores, 2013).

A este respecto, el mensaje del Papa Francisco es contundente: “El fundamento de la dignidad de la persona no está en los criterios de eficiencia, de productividad, de clase social, de pertenencia a una etnia o grupo religioso, sino en el ser creados a imagen y semejanza de Dios (Gn 1, 26-27) y, más aún, en el ser hijos de Dios; cada ser humano es hijo de Dios”. (Francisco, 2013).

1.2 Los rostros de los pobres

En la reflexión de Aparecida sobre el pobre hay algo aún más profundo y preciso que los mismos condicionantes de la pobreza. Se trata de los rostros de los pobres que son rostros sufrientes de Cristo. La base teológica y bíblica de esta convicción la declaró el mismo Benedicto XVI en la apertura de la Conferencia: “La opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica, en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza” (II Cor 8, 9; DA 392). A este principio, al mismo tiempo teológico y antropológico, dio a Aparecida una actualizada interpretación:

Si esta opción por lo pobres está implícita en la fe cristológica, los cristianos, como discípulos y misioneros, estamos llamados a contemplar, en los rostros sufrientes de nuestros hermanos, el rostro de Cristo que nos llama a servirlo en ellos: los rostros sufrientes de los pobres son rostros sufrientes de Cristo, ellos interpelan el núcleo del obrar de la Iglesia, de la pastoral y de nuestras actitudes cristianas. Todo lo que tenga que ver con Cristo, tiene que ver con los pobres, y todo lo relacionado con los pobres reclama a Jesucristo: ‘Cuando lo hicieron con uno de éstos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron’. (DA 393)

De estas bases cristológicas se deduce que la razón de ser de la Iglesia son los marginados, los excluidos, los que no cuentan. No comprometerse con los pobres, afectaría su identidad. La Iglesia tiene que estar allí, donde los pobres están amenazados, donde son explotados y se les violan sus derechos. “Veo con claridad que lo que la Iglesia necesita con mayor exigencia es una capacidad para curar heridas y dar calor a los corazones de los fieles, cercanía y proximidad” (Restrepo, 2013, p. 7).

Más concretamente, la Iglesia -y en ella todos los discípulos misioneros de Jesucristo- debe identificar los rostros de los pobres en sus innumerables facetas: los migrantes, las víctimas de la violencia, los desplazados y refugiados, los enfermos de sida, los drogadictos, los ancianos, los niños y niñas que son víctimas de la prostitución, de la pornografía, del trabajo infantil y del maltrato; los desempleados, las mujeres maltratadas,

los habitantes de la calle, los indígenas y los afro-descendientes, los campesinos sin tierra (Suess, 2008, p. 108). Éstas no son sino algunas de las víctimas crucificadas que viven en nuestro Continente.

El Documento de Aparecida destaca algunos de esos rostros más sufrientes que, por eso, merecen mayor atención y ser prioritarios en los planes pastorales:

a. Los habitantes de la calle

Cada día va en aumento el número de personas que viven en la calle; las situaciones en las que llegan a vivir son inhumanas. Este nuevo modo de vida pone en riesgo físico y moral a miles de personas, sobre todo niños y jóvenes, que son los más vulnerables. La realidad es que son millones los que viven bajo esta condición en las grandes urbes. Es urgente que los Gobiernos los tengan en cuenta con programas de reinserción y promoción (Brighenti, 2008)^b. La Iglesia, por su parte, no puede ser indiferente a esta realidad, a la que debe responder con creatividad

b. Los que viven en movilidad

Por situaciones de violencia, por falta de oportunidades laborales, por amenazas políticas, millones de personas en todo el mundo, especialmente de América Latina y el Caribe, tienen que movilizarse dentro y fuera de sus propios países. Este es un rostro relativamente nuevo, nuevo por sus proporciones, sus características y sus implicaciones, por ejemplo, con la trata de personas. Incide de modo especial en los niños y jóvenes, que abandonados por los padres que emigran, viven en situación de abandono o al cuidado de parientes demasiado ancianos. Hoy, más que nunca, se impone la obra de misericordia de dar posada al peregrino. La Iglesia tiene que ser madre para estos nuevos rostros que deambulan por el mundo, rostros crucificados que las gentes ignoran, y a quienes se les cierran las fronteras, movilizando a las diócesis y las parroquias, a los seminarios y las casas de formación, a los obispos y los laicos comprometidos, con propuestas creativas y eficaces por integrarlos en la sociedad y en el mismo seno eclesial. Debe mantener siempre

“una denuncia profética de los atropellos que sufren permanentemente”, unida a una actitud valiente para defender a los migrantes y para aprovechar los valores religiosos y culturales que llevan y traen, y aprovechar su aporte evangelizador en el lugar que los acoge.

Por su parte, los líderes políticos y los laicos profesionales deben tomar conciencia de este rostro sufriente, no solo de Cristo, sino también de la humanidad, y empeñarse en acciones de respeto y de defensa de sus derechos humanos, reconociendo que quienes emigran, al mismo tiempo que buscan trabajo y oportunidades, fortalecen con sus manos a los países que les dan cabida.

c. Los enfermos

El drama de la enfermedad agobia a millones de seres humanos porque padecen enfermedades inexplicables o incurables, porque no tienen acceso a los más elementales programas de diagnósticos y tratamiento, o de prevención, porque hay sociedades enteras desprovistas de la seguridad social, porque se vive en zonas alejadas y apartadas. En este panorama los más desprovistos para el alivio de sus males son los pobres.

Por otra parte, se está viviendo en una cultura en donde no se tolera la muerte, ni el sufrimiento, ni la enfermedad. Esto hace que muchos abandonen a sus seres queridos, y los dejen en los hospitales o en la calle. El anciano, el minusválido, el enfermo, tienen derecho a una vida digna, a que se les proteja, se les escuche y se les dé ternura, porque de esta manera no solo se les alivia el peso de su cruz, sino que también se les integra a la familia y a la sociedad, y se les hace partícipes del sacrificio redentor del Salvador (DA 417-421).

“Los enfermos son verdaderas catedrales del encuentro con el Señor Jesús” (DA 417). Para tener un encuentro con Dios no es necesario hacer largas oraciones, tener muchas prácticas de piedad, permanecer largo tiempo en el templo o peregrinar a las grandes basílicas. A ejemplo del Maestro, que curó a los enfermos, los discípulos misioneros,

reconociéndolo presente hoy en ellos, lo encuentran entre ellos y lo hacen presente dándoles vida, y vida en abundancia.

d. Los adictos dependientes

“El problema de la droga es como una mancha de aceite que invade todo. No reconoce fronteras, ni geográficas, ni humanas. Ataca por igual a países ricos y pobres, a niños, jóvenes, adultos y ancianos, a hombres y mujeres” (DA 422). Es una pandemia que acaba con la vida y la dignidad de las personas. La Iglesia no puede permanecer indiferente ante este drama; por el contrario, tiene que acompañar a estos hermanos, luchar por evitar este flagelo, promover campañas de prevención, rechazar y denunciar el narcotráfico y toda forma de consumo, atacar la corrupción que en torno a este mal se ha generado. Por su parte, los Estados deben programar acciones de prevención y acompañamiento, de tratamiento psicológico y clínico, de lucha intra e internacional, sin pretender que sacrifiquen su presupuesto solo los países que producen la droga sino también los que la consumen (DA 422-426).

e. Los reclusos

La situación en la que viven miles de hermanos detenidos en los centros penitenciarios es lamentable e inhumana. Este es otro rostro del pobre que refleja a Cristo, si no el más cruel, en el que más víctimas reflejan su miseria. En medio del crimen, del hacinamiento, de la droga, del maltrato, del descuido por parte del Estado, de la falta de programas de salud, los reclusos muchas veces padecen esta situación injustamente, por equivocación o por infamia, por falta de recursos para pagar sus procesos judiciales. Muchos quedan abandonados a su soledad y su abandono, muchos son instrumentalizados por las mafias del crimen, dentro y fuera de los penales, a costa de lo más elemental para la supervivencia. Quizás lo más paradójico de estos rostros sufrientes de Cristo es que la raíz del crimen es la misma pobreza, la misma violencia, la misma falta de equidad de nuestros pueblos (DA 427-430).

Reconociendo el rostro de la Palabra que se hizo carne en los rostros sufrientes de los pobres, la Iglesia, no solo ha enjugado sus lágrimas, como la verónica, sino que también ha contribuido enormemente a aliviar su sufrimiento y a recuperar su dignidad irrenunciable de hijo de Dios.

No obstante, reconoce que estuvo alejada de la realidad concreta de los hombres y, por eso, aunque no del sufrimiento de los pobres, sí del reconocimiento en ellos mismos de la presencia de Dios:

Vengan, benditos de mi Padre, tomen posesión del reino preparado para ustedes desde la creación del mundo, porque tuve hambre y me dieron de comer, tuve sed y me dieron de beber, era un extraño y me hospedaron, estaba desnudo y me vistieron, enfermo y me visitaron, en la cárcel y fueron a verme. (Mt 25, 34-36)

Arropada en los ornamentos de la liturgia, afanada solo por dar a conocer a un Dios trascendente, un tanto desvinculado de la vida de los pueblos y sus sufrimientos, interesada más por la doctrina y el dogma, por la moral y la religión, que por lo social y la transformación de las sociedades, la Iglesia, más que haber revelado el rostro humano de Dios, lo ocultó, divinidad revelada en la humanidad de Jesucristo (GS 19). El dualismo propio de la filosofía griega, con la que se encontró la visión semita de la Biblia desde los inicios del cristianismo, ha llevado a la Iglesia a caer en espiritualidades intimistas e individualistas, en una religiosidad de espectáculos y de sanaciones, desvinculadas de sus compromisos sociales, y hasta en una teología de la prosperidad, donde lo importante es estar bien y consolados interiormente, sin preocupación por los que sufren y carecen de todo. “Lo que ha quedado en muchos sectores católicos y no católicos, ha sido una fuga acelerada y constante hacia un mundo espiritual, en el cual no se quiere, está prohibido, contemplar los rostros sufrientes” (Ramazzini, 2008, p. 80).

El amor infinito del Padre se ha manifestado en el Hijo que pasó por este mundo haciendo el bien. Creer en Él significa creer en un Dios que es amor, imitar su estilo de vida, sus actitudes, su amor por los más pobres. Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí: en

el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios. (Ramazzini, 2008, p. 88)

2. La antropología del pobre y su presencia en Aparecida y el magisterio pontificio

2.1 *En general*

El origen de la palabra antropología está en dos términos griegos: *antropos* (hombre), y *logos* (estudio). La antropología es, entonces, la reflexión que se hace sobre el hombre. La antropología del pobre sería el aporte que hace el pobre con respecto a la realización de la persona humana. Se trataría de una nueva manera de ver al hombre, que llevaría a pensar en una antropología no filosófica, ni psicológica, ni social, sino existencial. Esta manera de ver al hombre puede contribuir a un mayor compromiso con los pobres, por parte de quien quiere hacer una opción por ellos. Ahora bien, para pensar en la persona del pobre, hay que tener en cuenta el concepto que se tenga del hombre, como para trabajar con los pobres hay que tener en cuenta el concepto que se tenga de ellos (Carrasquilla, 1997).

2.1.1 *Pobre y pobreza*

¿Quién es el pobre? Hay que saber diferenciar el concepto pobre y el concepto de pobreza. Pobre es quien carece de bienes materiales para vivir; de hecho, una persona se siente pobre cuando experimenta la carencia de bienes materiales; por eso la experiencia original de sentirse pobre se da cuando se carece de bienes. Para saber distinguir las palabras pobreza y pobre, que lógicamente no son lo mismo, hay que partir de un hecho concreto, de un hecho original: “Una persona puede que no sepa definir qué es ser pobre, pero con seguridad sabe distinguir un pobre de un rico, por la sola apariencia externa de carencia o no carencia de los bienes materiales” (Carrasquilla, 1997, p. 29). Ser pobre es sentir existencialmente que a la persona le hace falta algo.

Según la definición europea del concepto de pobre, que ha dominado por siglos, su comprensión y el compromiso con él, pobre es el que carece de bienes materiales. La

pobreza, según esta concepción, es algo malo, despreciable; por tanto, hay que acabarla, no se le encuentra ningún valor. Esta manera de pensar hace que el pobre sea tratado con lástima, y que se tenga caridad con él, porque ésa fue la suerte que le tocó, ésa es la voluntad de Dios. Se le niega, entonces, el valor que tiene como persona pobre, no se le reconocen sus riquezas, el tesoro que lleva escondido en su propia condición de pobre. Según este modo de pensar, hay que sacar al pobre de su condición de pobreza para recuperar, de esta manera, su valor de persona. En otras palabras, la pobreza es lo que no lo deja ser persona, por lo que debe hacerse rico para que recupere este valor (Carrasquilla, 1997).

2.1.2 La realidad antropológica del pobre en Latinoamérica

América Latina y el Caribe es un Continente donde, no solo hay una inmensa multitud de pobres, sino también un lugar donde el sentido del pobre va adquiriendo dimensiones antropológicamente nuevas, que ayudan a superar la concepción de que para ser persona hay que ser rico, y aquella de que el carecer de bienes es lo que no le permite ser persona. La experiencia de un profeta del sentido evangélico del pobre, el padre Federico Carrasquilla, lo expresa muy bien.

Él, respondiendo a una muchacha europea que fue a visitarlo al Barrio Popular de Medellín, donde vive y trabaja desde hace muchos años, que le manifestó que estaba muy impactada con la pobreza de la gente, y que le preguntó qué estaba haciendo ante esta realidad, le explicó que él no podía acabar con todas esas carencias, pero que “les daba compañía, amistad; y que con mi presencia les hacía sentir que valían, y desde allí les ayudaba a que ellos encontraran los medios para enfrentar su solución. El que una persona de otra clase social esté al lado del pobre y viva como ellos, es alentarles su autoestima e impulsarlos a que busquen solución a sus necesidades materiales. (Carrasquilla, 1997, p. 57)

2.1.3 *Hay que creer, aprender, escuchar y vivir como los pobres*

“Se nos pide dedicar tiempo a los pobres, prestarles una amable atención, escucharlos con interés, acompañarlos en los momentos más difíciles, eligiéndolos para compartir horas, semanas o años de nuestra vida” (DA 397). Entrar en la comprensión de lo que es la antropología del pobre lleva a comprender el valor de esta cercanía y posibilita el lenguaje, para el pobre y para quien se acerca a él, de que los pobres son capaces de soñar, de crear; de que ellos tienen todo un potencial de valores; y de que, desde allí, ellos son capaces de trabajar para salir adelante, superando sus carencias. La realidad es que los pobres latinoamericanos y caribeños, aún en medio de sus carencias, son capaces de compartir, de compadecerse, de asumir el dolor, de vivir la fe, de celebrar. La antropología del pobre lleva a la Iglesia a hacerse pobre con los pobres, viviendo sus valores, sus virtudes, y aprendiendo de ellos: “una cosa es optar por los pobres y otra vivir como los pobres” (Carrasquilla, 1997, p. 141).

2.1.4 *Con los pobres, otro mundo es posible*

También vi esta sabiduría debajo del sol, la cual me parece grande: una pequeña ciudad, y pocos hombres en ella; y viene contra ella un gran rey, y la asedia y levanta contra ella grandes baluartes; y se halla en ella un hombre pobre, sabio, el cual libra a la ciudad con su sabiduría; y nadie se acordaba de aquel hombre pobre. Entonces dije yo: Mejor es la sabiduría que la fuerza, aunque la ciencia del pobre sea menospreciada, y no sean escuchadas sus palabras (Qo 9,13-16).

A la Iglesia, durante mucho tiempo, le faltó creer en la fuerza liberadora de los pobres que menciona el Eclesiastés. Ellos tienen riquezas humanas capaces de cambiar a los ricos, de transformar al mundo, de revertir la historia. Al mundo no lo cambian los grandes, porque su sabiduría no les viene de su interior; su poder y su elocuencia provienen del dinero, de las armas, del prestigio: “Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las ha revelado a pequeños” (Lc 10,21).

Otro mundo es posible cuando los poderosos reconozcan los inmensos valores que se encuentran ocultos en la gente sencilla. La realidad es que diariamente el Reino de Dios se está gestando desde los pequeños, y ningún poder humano, por más grande que sea, podrá detener esta fuerza misteriosa. “Día a día, los pobres se hacen sujetos de la evangelización y de la promoción humana integral: educan a sus hijos en la fe, viven una constante solidaridad entre parientes y vecinos, buscan constantemente a Dios y dan vida al peregrinar de la Iglesia” (DA 398; VD 107). ¿De dónde les viene esta fuerza misteriosa que desborda toda comprensión humana? Desde lo más profundo de su ser, donde está el Espíritu de Dios. Esa fuerza les viene de Dios, revelado en Jesucristo. En Dios, los pobres aprenden a ser sencillos, justos, misericordiosos, pacíficos; en Dios han descubierto el verdadero tesoro que no lo dan los bienes materiales.

2.1.5 *Jesús optó por una vida pobre*

Jesús hizo opción por el pobre, asumió el estilo de vida de los pobres, viviendo como hombre a la manera de los pobres. Él hizo esta opción no para darnos ejemplo de llevar una vida pobre, ni siquiera para solidarizarse con los pobres; hay algo más en su modo de obrar: optó por una pobreza como la de los pobres. Es que “una cosa es vivir sencillamente, austeramente, y otra cosa es vivir como los pobres” (Carrasquilla, 1997, p. 133). Este estilo de vida que llevó Jesús cuestionó a los judíos de su tiempo porque era un escándalo, ya que ellos, habituados a una comprensión de los bienes materiales como una bendición divina, lo consideraban como un mal. Jesús, por el contrario, consideró el vivir pobre como un ideal de vida, porque descubrió en la vida pobre valores extraordinarios: “para Jesús el ser pobre es una manera de ser hombre. Y la opción por el pobre es la opción por una sociedad nueva, construida desde y a partir de la persona del pobre” (Ibid. p. 129, 140).

Jesús es el primero en presentar la condición de pobre como un ideal de vida, pues optó por los pobres en función del Reino de Dios; y con los pobres y desde los pobres buscó lograr una sociedad nueva. “Para Jesús el pobre es el representante del hombre auténtico,

el que posee los verdaderos valores; es el hombre nuevo con quien Él quiere construir su Reino” (Carrasquilla, 1997, p. 133).

2.1.6 Un aporte antropológico desde América Latina

Ya desde Fray Bartolomé de las Casas se empieza a vislumbrar que los indios pueden manifestar sus riquezas, y que desde esas riquezas pueden luchar por erradicar todo aquello que los destruía (Carrasquilla, 1997). El hombre latinoamericano tiene mucho que aportar, y la Iglesia tiene mucho que aprender de él, por el sentido como ha aprendido a vivir sus condiciones de pobreza. Desde allí, los pobres, con su religiosidad popular, nos enseñan una fe sencilla; y que con su cultura, su identidad y su cosmovisión se puede lograr un “Nuevo Pentecostés” (DA 91). Los indígenas nos enseñan a amar profundamente la tierra y la naturaleza, llamándola su madre, porque los alimenta. Esta forma de pensar contribuye a contrarrestar el latifundismo, y la compra y la escritura de las tierras.

A partir de esta realidad brota la esperanza de que otro mundo es posible, precisamente cuando todos cuidan lo propio pero se unen como hermanos para vivir el “Reino de Dios” (DA 56, 472, 491). Los pobres nos enseñan a asumir el sufrimiento y a convertirlo en fuerza de salvación; gracias a su capacidad de enfrentar toda adversidad, y a hacer de ella un motivo de transformación, los pobres son maestros en solidaridad, en el trabajo común y en la vida de familia (DA 17, 243-245).

La sabiduría del pobre no se puede despreciar; allí hay una fuente renovadora para el futuro del mundo y de la Iglesia. Ellos tienen el poder para condenar, y el poder para salvar. Se podría decir que fuera de los pequeños, que son los preferidos de Dios, no habrá futuro para la humanidad. “El ideal es que a partir de los valores del pobre se realice un nuevo proyecto de sociedad. El futuro está en construir un mundo desde el pobre. O descubrimos otro tipo de desarrollo o nos quedamos eternamente frustrados y destruidos” (Carrasquilla, 1997, p. 94).

2.2 La antropología del pobre en Aparecida

El Documento de Aparecida plantea una antropología del pobre que es posible detectar en la medida en que se perciba y se asuma su triple opción: por la vida, por Jesucristo, por los pobres. Analicemos esta trilogía presente en el Documento Conclusivo para precisar esta propuesta antropológica en el sentido en que la acabamos de explicar.

2.2.1 La opción por la vida

La vida y su inseparable relación con la dignidad humana están exiliadas de los condicionamientos socio-políticos de nuestros países y de nuestros sistemas de valores. Desde allí, donde ella de todos modos permanece latente, hay que emprender el camino del “éxodo”, por medio de una conversión inspirada en la Palabra, a fin de que nuestros pensamientos y caminos correspondan a los pensamientos y caminos de Dios (Is 55,6-11). Esta vuelta del exilio por medio del éxodo reclama una visión antropológica que la nueva evangelización de los actuales tiempos busca y propone. Esta relación, afirmada ya en Puebla y en Santo Domingo, se ha de lograr con la triple dimensión que propuso Juan Pablo II:

- Nueva en su ardor: el de una nueva experiencia de Dios, en relación con la persona humana
- Nueva en su método: el de una nueva actitud, de diálogo entre las cosas de Dios y las cosas de los hombres
- Nueva en su expresión: la de hacer que la realidad revele la presencia de Dios y que Dios esté íntimamente ligado a la suerte de los seres humanos, sobre todo los pobres.

El presupuesto y el resultado de esta misma relación es una antropología afirmativa del ser humano, en tres dimensiones:

- Como hijo de Dios, hermano de sus hermanos y señor del universo

- Como un ser unitario y relacional
- Como alguien que vale por lo que es y no por lo que tiene o hace.

Esta triple afirmación antropológica implica:

- a. Un sentido religioso que, para estar indisolublemente unido a la solidaridad con los hermanos y al respeto por la creación, debe siempre ligarse a un determinado sistema de valores: “una cultura sin Dios” se vuelve contra el ser humano y el destino de los pueblos (DA 13). De ahí que ‘lo mejor que pueda ocurrir en la vida es encontrar a Jesús’ (DA 29), pues Él es “la plenitud del cumplimiento de la vocación humana y de su sentido” (DA 41). Es claro que la crisis de sentido de hoy radica en la falta de “sentido religioso” (DA 37).
- b. Una comprensión unitaria de lo que rodea al ser humano, por medio de un “significado coherente” (DA 36), para realizarse con libertad y responsabilidad (DA 42).
- c. La realización de las personas por medio de la responsabilidad y el compromiso: un afecto sin implicaciones (DA 46), el criterio del solo deseo como felicidad (DA 50), los criterios de la eficacia y la funcionalidad (DA 45)..., despersonalizan porque se han ido convirtiendo en los parámetros de una cultura del tener que deshumaniza porque excluye (DA 61-62; 65-66).

Esta opción por la antropología de la vida fluye en el modo de ser propio del latinoamericano y caribeño, caracterizado por: la fe en Dios, la tradición católica, el sentido de la vida, la cercanía a los pobres, la caridad solidaria, el respeto a la dignidad de las personas... (DA 7).

2.2.2 *La opción por Jesucristo*

Esta opción por Jesucristo se inspira en su condición de evangelizador de los pobres, que autodefine su mesianismo como Buena Nueva y libertad para los oprimidos (Lc 14, 4-21) y

lo lleva a predicar las bienaventuranzas (Lc 5, 20-26; Mt 5, 1-7) como camino de realización de su discipulado misionero, y como condición para la ciudadanía del Reino. De aquí se desprende precisamente la referencia importantísima al Reino y a los pobres.

a. Aparecida hizo un avance enorme, como nunca había sucedido hasta ahora, en la opción por los pobres que, de “preferencial” se convirtió en “evangélica”, y la elevó al nivel de una antropología, así:

- La Iglesia ama a los pobres porque Él los ama;
- La Iglesia opta por los pobres porque Él se encarnó haciéndose pobre y viviendo al lado de ellos;
- La Iglesia se hace amiga de ellos “para apreciar profundamente los valores de los pobres de hoy, sus legítimos anhelos y su modo propio de vivir la fe” (DA 398), es decir, para dejarse evangelizar por ellos;
- La Iglesia defiende los derechos de los pobres porque su exclusión de la sociedad (DA 65) contraría la vida y la dignidad que les ha dado Dios en Jesucristo;
- La Iglesia, en síntesis, por ser discípula de su Maestro, lo ve a Él en ellos: “a la luz del evangelio reconocemos su inmensa dignidad y su valor sagrado a los ojos de Cristo, pobre como ellos y excluido entre ellos” (DA 398).

b. La referencia al Reino, hasta cierto punto inexplorada, está latente en la cristología que es toda bíblica, histórico-salvífica, para una irrupción bien determinante. La presencia de Cristo instauro el Reino cuando entra a determinar “los pensamientos y los caminos” de los pueblos, de las estructuras. Su condición de Maestro determina un discipulado que acomode la vida de los hombres a los valores evangélicos, establezca un modo de comportarse, de relacionarse y de influir en los procesos históricos. Entendido Él como camino, verdad y vida, se inicia, por medio de la evangelización, un mundo nuevo que no termina aquí pero que ya se ha iniciado, y, por medio del profetismo, con una nueva manera de vivir, de convivir, con un nuevo estado de cosas.

2.2.3 *La opción misionera por los pobres*

Inspirada en el llamado a la nueva evangelización, hecho ya en las dos Conferencias anteriores, Aparecida quiere marcar una nueva presencia misionera de la Iglesia. El capítulo octavo (DA 380-430) aterriza el análisis, la reflexión y la proyección misioneras de la Iglesia en la Promoción de la Dignidad Humana, en relación con el Reino de Dios. Para que allí éste se haga presente, la misión intenta impulsar su destinación universal y su cubrimiento de las dimensiones de la existencia de las personas, de los ambientes y de los pueblos, de tal modo que nada de lo humano le sea extraño y que Jesucristo responda a las aspiraciones de verdad, sentido, felicidad, justicia y belleza de las personas y las gentes. Con este presupuesto se asumen, a modo de “ámbitos, prioridades y tareas” misioneras, a su vez, cinco opciones:

- a. La justicia social y la caridad cristianas: el Reino de Dios es una realidad transformadora que se hace presente en “la vivencia personal y comunitaria de las bienaventuranzas, la evangelización de los pobres, el conocimiento y el cumplimiento de la voluntad del Padre, el martirio por la fe, el acceso de todos a los bienes de la creación, el perdón mutuo, sincero y fraterno” (DA 383). El discipulado misionero lo acelera por medio de estructuras justas y humanas, de una misericordia que lleve a la implantación de la justicia como expresión de la caridad; y de una misión que hable con el lenguaje de las obras, más que de las palabras.
- b. La dignidad humana: “ante los estilos de ser y de vivir contrarios a la naturaleza y ser del ser humano... anunciamos, una vez más, el valor supremo de cada hombre y de cada mujer” (DA 387), y “en todos los areópagos públicos y privados del mundo de hoy” (DA 390); pero al mismo tiempo, el señorío de Dios sobre la vida y el valor sagrado de esta última; y la existencia humana acorde con su dignidad.
- c. La opción evangélica por los pobres y excluidos: rasgos ya de la Iglesia latinoamericana y caribeña, se fundamenta en la “fe cristológica” (DA 392), pues “los rostros sufrientes de los pobres son rostros sufrientes de Cristo... todo lo que tenga que ver con Cristo tiene que ver con los pobres y todo lo relacionado con los pobres reclama a Jesucristo” (DA 393); se manifiesta en la defensa de su vida y sus derechos, en darles esperanza, en

formar en su favor a los dirigentes de los pueblos y en una antropología del pobre que se basa en estos elementos:

- Reconocimiento de los valores de los pobres: modo de vivir y de transmitir la fe, búsqueda de Dios, su protagonismo en los procesos, su inmensa dignidad y su valor sagrado
 - Amor en Cristo “pobre como ellos y excluido entre ellos”
 - Compromiso personal y eclesial, hasta el martirio, de actitudes, opciones y gestos concretos, de dedicación y tiempo, de escucha y compañía duradera, de transformación de la realidad (DA 392-398).
- d. Una pastoral social de la promoción humana integral: inspirada en la Doctrina Social de la Iglesia, para lograr una solidaridad efectiva, especialmente con los rostros de los nuevos excluidos, por medio de una lectura permanente de la realidad, la incidencia en las estructuras y las políticas estatales, el protagonismo de los laicos, el aporte de los empresarios y la referencia a Dios en la vida de los pueblos.
- e. La globalización de la solidaridad y la justicia: por medio de la participación de la sociedad civil, la ética cristiana, la lucha por el “bien común global”, los tratados inter-gubernamentales, los principios fundamentales del bien común –“la casa es de todos”-, la subsidiariedad, la solidaridad inter-generacional e intra-generacional.

La promoción de la dignidad humana como realización de la llegada del Reino debe estar, en fin, particularmente atenta a los nuevos rostros sufrientes: los habitantes de la calle, los enfermos, los adicto-dependientes, los migrantes y los detenidos.

2.3 La antropología del pobre en la Verbum Domini

Después de la Conferencia de Aparecida, ha habido dos sínodos generales de obispos: sobre la Palabra de Dios en la vida y la misión de la Iglesia, en 2008; sobre la nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana, en 2012. La presencia en ambos acontecimientos de los obispos latinoamericanos y caribeños ha sido notable, gracias a la

oportunidad que han tenido, con el documento de Aparecida en mano, de hacer sentir allí la voz de la Iglesia que peregrina por este Continente. Se podría decir que su experiencia de fe, aún joven y fresca, se ha podido compartir con la Iglesia universal, por la manera como ha podido ser decantada y precisada en la última Conferencia general de su episcopado.

Este Continente de la esperanza compartió en el sínodo de 2008 el dinamismo de su movimiento bíblico. Lo deja ver el Mensaje final, más que por la originalidad de las cuatro imágenes que utilizó, por el significado y el sabor latinoamericano de las mismas: la Voz de la Palabra, que equivale a la Revelación y que se escucha en la creación, la historia y la realidad: el Rostro de la Palabra, Jesucristo, que se reconoce en los rostros sufrientes de los pobres; la Casa de la Palabra, que es la Iglesia y que se construye en pequeñas comunidades eclesiales, sobre las columnas de la predicación de la misma Palabra, la eucaristía, la oración de escucha y la solidaridad; los Caminos de la Palabra, que son los de la misión y que se recorren por los senderos de la familia, los medios de comunicación social, el mundo de los pobres, las relaciones ecuménicas e inter-confesionales, la cultura.

Desde América Latina se llevó al sínodo de 2012, más que un llamado a la nueva evangelización, la experiencia pastoral de la misma, desde el momento en que la convocó el Papa Juan Pablo II en Puerto Príncipe, antes del IV centenario de la evangelización del nuevo mundo. Fue precisamente la Conferencia de Santo Domingo la que la ligó umbilicalmente a la centralidad de la Palabra de Dios en la Iglesia, la organización de las pequeñas comunidades, el protagonismo de los laicos y también la solidaridad con los pobres. Son tres, pues, los elementos principales del aporte eclesial latinoamericano a la Iglesia universal: la sensibilidad por la Palabra de Dios; la experiencia de la nueva evangelización; la opción preferencial y evangélica por los pobres, implícitamente presente en las dos anteriores. Este triple cruce dio respiro a una reflexión de la antropología del pobre que se había profundizado en Aparecida, al nivel del magisterio pontificio de Benedicto XVI, que se expresa en la III parte de la Exhortación Post-sinodal *Verbum Domini*, “*Verbum mundo*”, que tiene toda ella un inconfundible sabor latinoamericano.

En el momento de precisar el tema de la Palabra de Dios y el compromiso en el mundo (VD 99-108), el Papa Ratzinger propone dos trilogías, que engancha con los temas del anuncio de la Palabra de Dios a los jóvenes y la salvaguarda de la creación. La primera trilogía se refiere a la relación de la Palabra con la reconciliación, la justicia y la paz; la segunda trilogía la relaciona con los migrantes, los que sufren y los pobres. Se trata del mismo aliento que respiró Aparecida y que, en lo referente a la antropología del pobre, tiene una precisión muy similar, inspirada en la centralidad de la Palabra y en la actualidad de la nueva evangelización. Dicha precisión magistral y magisterial aparece en los siguientes principios del artículo 107, intitulado “Anuncio de la Palabra de Dios y los pobres”:

- a. “La Sagrada Escritura manifiesta la predilección de Dios por los pobres y los necesitados”.
- b. Los pobres son “hermanos nuestros”.
- c. “Los primeros que tienen derecho al anuncio del Evangelio son precisamente los pobres, no sólo necesitados de pan, sino también de palabras de vida”.
- d. “Los mismos pobres son también agentes de evangelización”.
- e. “La Iglesia no puede decepcionar a los pobres. Los pastores están llamados a escucharlos, a aprender de ellos, a guiarlos en su fe y a motivarlos para que sean artífices de su propia historia”.
- f. “Cuando la Iglesia anuncia la Palabra de Dios, sabe que se ha de favorecer un ‘círculo virtuoso’ entre la pobreza ‘que conviene elegir’ y la pobreza ‘que es preciso combatir’”. (VD 107)

Con razón el primer Papa proveniente de este Continente latinoamericano, Francisco, insiste en “una Iglesia pobre, para los pobres”.

3. La dimensión contemplativa del compromiso con el pobre

La estructura del Documento de Aparecida está anclada en el método Ver, Juzgar y Actuar, que la Iglesia latinoamericana ha utilizado en su lectura y aplicación del Concilio,

desde Medellín hasta Aparecida, y que ha desarrollado como instrumento de análisis, de reflexión y de apostolado. Este método es mucho más que un esquema, un camino eclesial, una propuesta teológica y pastoral:

Implica contemplar a Dios con los ojos de la fe a través de su Palabra revelada... a fin de que en la vida cotidiana veamos la realidad que nos circunda a la luz de su providencia, la juzguemos según Jesucristo... y actuemos desde la Iglesia... en la propagación del Reino de Dios que se siembra en esta tierra y que fructifica plenamente en el cielo. El armazón proveniente de allí resulta ser toda una expresión de "nuestra vocación y misión en la Iglesia", enriquece nuestro "trabajo teológico y pastoral" y motiva "nuestras responsabilidades ante las situaciones concretas del Continente". El uso de este método permite "articular de modo sistemático la perspectiva creyente de ver la realidad; la asunción de criterios que provienen de la fe y de la razón para su discernimiento y valoración con sentido crítico; y, en consecuencia, la proyección del actuar como discípulos misioneros de Jesucristo" (DA 19).

Esta es la manera como Aparecida logra un análisis pastoral, es decir, desde la perspectiva de la fe, de la realidad, sobre todo de los pobres. Gracias a su transfondo bíblico, está relacionado con las cuatro imágenes de la Palabra propuestas por el Sínodo y la Verbum Domini: la Voz, el Rostro, la Casa y el Camino. De ahí su referencia a la escucha donde la vida clama, a la presencia de Cristo en los rostros sufrientes de los pobres, a la construcción de la Iglesia en la vida fraterna en comunidad y a los senderos misioneros del anuncio del Reino. Pero hay algo más, estas cuatro imágenes se cruzan estructuralmente con la práctica de la lectio divina, vivamente recomendada por Aparecida, cuyos cuatro pasos le corresponden:

- a. La Lectura, que en el lenguaje de Aparecida "conduce al encuentro con Jesús-Maestro";
- b. La Meditación, que "conduce al conocimiento del misterio de Jesús-Mesías";
- c. La Oración, que "conduce a la comunión con Jesús-Hijo de Dios";

- d. La Contemplación, que "conduce al testimonio de Jesús-Señor del universo" (DA 249).

Este aire bíblico da a Aparecida y a la opción por los pobres un respiro intensamente espiritual, aún más místico, de su análisis de la realidad y de su compromiso con el pobre. Se trata de dos dimensiones que se expresan muy bien en el término que utilizaron los padres de la Iglesia para referirse al compromiso del que se deja iluminar por la Palabra: Contemplación. Contemplación para referirse a la acción, pero no con la estéril mecánica de una proyección conductista, sino como expresión de la fe, de la nueva mirada que produce el contacto con la Palabra, que lleva al compromiso con el pobre para encontrarse allí mismo con Dios. Pasamos a precisar este doble movimiento, que en realidad es uno solo, refiriéndonos a la dimensión real y concreta de la relación con el pobre y, luego, a su alcance espiritual.

3.1 Concretización en la realidad

La Iglesia latinoamericana y caribeña ha hecho una opción por los pobres (DA 128). Aún más, en lo que tiene que ver con las más profundas implicaciones de esta opción, ha desarrollado una antropología del pobre que ha expresado de múltiples formas, incluso de la manera más simple y elemental, como: "La opción por los pobres debe conducirnos a la amistad con los pobres" (DA 398). Esta tarea compromete a todo el pueblo de Dios, a cambiar su modo de vida y a volverse en bien de los que sufren (DA 397).

No se trata de una cuestión de doctrina, de que la Iglesia la haya propuesto en varios documentos, e inclusive en encíclicas o exhortaciones. La opción por los pobres es algo que se impone por sí misma, porque, como ya hemos dicho, Jesucristo optó por ellos y está presente en ellos: "Los rostros sufrientes de los pobres son rostros sufrientes de Cristo" (DA 393). Si Jesucristo no se entiende sin los pobres, ni los pobres se entienden sin Jesucristo, la opción por ellos lleva a reconocerlos como una propuesta de vida, como un modo de realización de nuestra vocación humana y cristiana.

Esta opción, y el alcance antropológico de la misma, han de identificar no solo a la Iglesia sino también a sus pastores y a sus fieles. Su primera manifestación es el compromiso, que se debe asumir porque la realidad sufriente de los mismos pobres lo reclama. En este sentido sigue siendo urgente y válida la preocupación que tenían los Obispos desde sus primeras Conferencias: “El Episcopado Latinoamericano no puede quedar indiferente ante las tremendas injusticias sociales existentes en América Latina, que mantienen a la mayoría de nuestros pueblos en una dolorosa pobreza, cercana, en muchísimos casos, a la inhumana miseria” (DM 14,1). “La pobreza de tantos hermanos clama justicia, solidaridad, testimonio y compromiso” (DM 14,7). Es más, la Iglesia tiene que ser pobre, para poder escuchar el clamor del pueblo sufriente: “Un sordo clamor brota de millones de hombres, pidiendo a sus pastores una liberación que no les llega de ninguna parte. Nos estáis ahora escuchando en silencio, pero oímos el grito que sube de vuestro sufrimiento” (DM 14,2).

Ya la Conferencia de Puebla había dicho que este compromiso ponía en juego la autenticidad de la evangelización porque no puede estar al margen de la realidad de pobreza que viven los pueblos latinoamericanos. En el mismo sentido se había pronunciado Medellín, y lo hizo Santo Domingo: se trata de “una dimensión esencial del camino eclesial de Aparecida, como del Documento conclusivo de la V Conferencia, en continuidad y profundización con las conferencias postconciliares precedentes” (Muñoz, 2009, p. 83). Siempre a partir del ejemplo del mismo Jesucristo:

Arraigado en los pobres de su pueblo y afectado entrañablemente por su opresión y miseria; el que se juega por la sanación y liberación de esa muchedumbre abandonada; el que por eso entra en conflicto creciente con los legistas y los pudientes, con los sacerdotes del templo y las autoridades político-militares; el mismo Jesucristo que es hoy para nosotros “el viviente”, identificado con los pobres y excluidos de nuestro tiempo, y que nos invita a comprometernos con ese mismo proyecto suyo, en las condiciones de hoy. (Muñoz, 2009, p. 84)

Esta concretización del compromiso con el pobre se vive progresivamente a tres niveles: la solidaridad, la compasión y la entrega martirial.

3.1.1 La solidaridad con los pobres

Este compromiso eclesial es más evangélico y antropológico cuando se manifiesta y fundamenta en la solidaridad con los pobres. “También nos dejó que había que atender a las necesidades espirituales de nuestro prójimo con la misma rapidez con que se corre a apagar el fuego” (Vicente, 1974, v.XI-4, p.724). En este sentido, los pueblos latinoamericanos necesitan de una Iglesia samaritana, que se acerca a socorrer a los más débiles (DA 26); que ayude a construir una sociedad más justa, más solidaria, más pacífica, más equitativa; que contribuya a crear estructuras nuevas en lo político, en lo económico, en lo social y en lo religioso (DA 537).

En consecuencia, el discípulo misionero lo es en la medida en que asuma una actitud de buen samaritano, para hacerse “próximo” del “prójimo” herido por la pobreza, a fin de socorrer de manera especial a quienes se les rechaza por su condición, por su color, por su sexo, o por su credo religioso. Y, así, ayudar a crear estructuras más justas en lo económico, en lo político y en lo social, donde desaparezca toda inequidad, y las posibilidades dejen de ser para una minoría (DA 384).

La realidad es que en los pueblos latinoamericanos existe, de hecho, mucho espíritu de solidaridad; los nuestros son pueblos capaces de compartir aún desde su misma pobreza. Esta idiosincrasia facilita la concretización de una Iglesia pobre y solidaria, y, por eso, más creíble porque es más acorde con la vivencia del Evangelio. De esta manera, por otra parte, la Iglesia evangeliza y evita que muchos de sus hijos sigan desertando. Una Iglesia que se distinga por su caridad con los hermanos, por su misericordia con los que sufren, será señal por la cual conocerán a todos los verdaderos discípulos misioneros (DA 138). Aparecida convoca a una misión, consciente de que

La Iglesia necesita una fuerte conmoción que le impida instalarse en la comodidad, en el estancamiento y en la tibieza, al margen del sufrimiento de los pobres del Continente. Invocamos al Espíritu Santo para poder dar un testimonio de proximidad que entraña cercanía afectuosa, escucha, humildad, solidaridad, compasión, diálogo, reconciliación, compromiso con la justicia social y capacidad de compartir, como Jesús lo hizo. (DA 362, 363)

3.1.2 *La caridad compasiva*

La opción por los pobres gana espacio en la Iglesia en la medida en que vaya avanzando del compromiso, sin más, a la solidaridad, y de la solidaridad a la caridad compasiva. Ahí está la medida del verdadero discipulado: en la compasión y la misericordia con los desdichados; con mayor razón cuando se trata de un ministro de Dios, que precisamente se ha consagrado al servicio de sus hermanos, los más abandonados: “El presbítero, a imagen del Buen Pastor, está llamado a ser hombre de la misericordia y la compasión, cercano a su pueblo y servidor de todos, particularmente de los que sufren grandes necesidades” (DA 198).

Una acción pastoral queda incompleta cuando solo se predica, se sacan demonios, o se curan enfermos; la proyección misionera debe abarcar la compasión con el pueblo sufriente, que pasa hambre y sed. Con frecuencia se hacen grandes jornadas misioneras, con buen número de predicadores, con abundantes celebraciones litúrgicas y sacramentales, con masivas participaciones. No tienen sentido ni afecto alguno si no incluyen acciones de compasión con los pobres, si no llevan al contacto con las bases, las angustias, en su mayoría no visibles, de la gente. El misionero debe enterarse de si la gente tiene pan en sus casas, lecho para dormir, techo bajo el cual habitar, trabajo para ganarse el alimento de su familia. No se trata de entrar a resolver sus problemas sino de darle la oportunidad de ser escuchada y de recibir luces para superarlos. La compasión supone salir de uno mismo, desacomodarse, arriesgarse, para poder escuchar, ver, oír, sentarse y tocar el sufrimiento del ser humano (Martínez, 2006, p. 63). “Ser cristiano y ver afligido al hermano, sin llorar con él ni sentirse enfermo con él, eso no es tener caridad. Es ser

cristiano en pintura, es carecer de humanidad, es ser peor que las bestias” (Vicencianos, Red de Blog, 2013).

Jesús de Nazaret se compadeció de todos los que sufrían, entre quienes estaban las prostitutas, los cobradores de impuesto, los leprosos, los hambrientos, los ignorantes que no entendían de leyes, los pecadores públicos. Por eso, a Él se le comprende mejor desde las bases, desde los pueblos golpeados por los poderosos, los ricos, los entendidos. Él se encarnó en el pobre porque sentía compasión con los que carecían de prestigio y estaban en el nivel más bajo de los estratos sociales, y por tanto, tenían que depender de los ricos, de los poderosos, de los sabios y de los entendidos; en el tiempo de Jesús, como siempre, los sabios, los adinerados y poderosos no dependían de nadie, eran independientes (Nolan, 1981). Se espera, entonces, de la Iglesia, una actitud humana y misericordiosa, que la lleve a identificarse con los rostros sufrientes; una Iglesia no excluyente sino incluyente, en donde todos se sientan como en su casa; una Iglesia con corazón (DA 188), con corazón materno (DA 224). Que así como los pueblos se identifican con el Cristo sufriente, así también se identifiquen con una Iglesia que los acoge, que los escucha, que camina con ellos, que sufre y lucha por ellos (DA 265).

3.1.3 Por los pobres, hasta el martirio

Aún más, el compromiso, la solidaridad, la compasión con los pobres deben llevar hasta el martirio del amor por ellos. Tanta injusticia y desigualdad reclaman una entrega de la vida hasta la muerte; la propuesta antropológica del pobre merece el sacrificio hasta el extremo. La Iglesia y, en ella, los discípulos misioneros del Maestro, deben ser los abanderados de la defensa de la vida amenazada, allí donde ella clama, con una actitud profética de denuncia y anuncio, para sostener la esperanza de los más abandonados. “Si no hay esperanza para los pobres, no habrá para nadie” (DA 395). Donde hay injusticia, siempre será necesaria la solidaridad con el hermano. Pero se trata de una solidaridad que luche por un orden más justo en la sociedad, dando testimonio, anunciando, denunciando y, entregando la vida, si es necesario. Solo de esta manera se podrá ir purificando el sistema injusto que se ha creado en nuestras sociedades, se irá despertando una

espiritualidad que apunte a la vivencia de los valores humanos y cristianos, y la Iglesia irá pasando de una mentalidad paternalista a una mentalidad en donde los mismos pobres sean protagonistas de su promoción y formación (DA 385).

Las situaciones de inequidad e injusticia a que se ha llegado en los pueblos latinoamericanos y caribeños, afectando a los más vulnerables, ha sido tal, que la Iglesia no debe temer llegar hasta el martirio, con tal de defender a los más pobres (DA 396, 199). Ya ella cuenta con el testimonio y el martirio de muchos evangelizadores como Monseñor Romero, en El Salvador, Monseñor Emilio Jaramillo y Monseñor Isaías Duarte, en Colombia, y tantos otros, que asumieron radicalmente el Evangelio, comprometiéndose con el dolor de sus pueblos (DA 98). De igual manera, numerosos laicos, campesinos, religiosos y sacerdotes, viviendo al estilo de los más generosos evangelizadores de la historia de la Iglesia, han ofrendado sus vidas por los más necesitados (DA 178).

3.2 Espiritualidad

3.2.1 Compromiso, formación y espiritualidad en Aparecida

El capítulo sexto del Documento Conclusivo de Aparecida (DA 240-346), se dedica a una opción novedosa, original y determinante, tan importante como la de los pobres: la Formación, que tiene una profunda relación con la espiritualidad y con el compromiso con los pobres. Como punto de partida establece una espiritualidad de comunión trinitaria, que facilite y asegure el encuentro con Jesucristo que se da cuando se le reconoce en el rostro sufriente de los pobres. Se vive en la realidad pero se explicita como experiencia de fe y de formación en seis lugares teológicos:

- a. Parte del bautismo y se remonta a la Trinidad, como modelo y meta, por medio de un encuentro con Jesucristo, en comunión. Este encuentro con el Maestro, que la inicia y la sostiene, es antes que todo personal pero, además, consecuente e histórico, en el hoy de la realidad.

- b. Su casa es la Iglesia, su roca es la palabra, su expresión es la liturgia, su lugar es la misión, su espacio es la piedad popular, su modelo es la Virgen María, su camino lo recorrieron ya los apóstoles y los santos.
- c. Esta espiritualidad discipular y misionera se vuelve formación a través de un proceso que integre a “todos los bautizados, cualquiera sea la función que desarrollen en la Iglesia” (DA 276), que se enrute por el método de Jesús Camino, Verdad y Vida (Jn 14,6) y que hunda sus raíces en la natural disposición del ser humano al crecimiento hacia la madurez y del ser cristiano al crecimiento hacia la santidad como experiencia apasionada del Maestro.
- d. Este itinerario formativo-espiritual ha de integrar estos aspectos: el encuentro con Jesucristo por medio de la experiencia personal, el anuncio del kerigma y la acción misionera; la conversión a Cristo en clave de seguimiento; la misión que acelera la llegada del Reino, sobre todo entre los más necesitados. Y guiarse por estos criterios: que sea integral, kerigmática y permanente; que esté atenta a las dimensiones humana, comunitaria, espiritual, intelectual, pastoral y misionera; que se organice como un proyecto orgánico, atento a los procesos; que acompañe la condición vocacional específica de los diversos discípulos.
- e. Particularmente importante para este tipo de espiritualidad es la iniciación en la vida cristiana por medio del anuncio y la aceptación del kerigma y la participación coherente en los sacramentos del bautismo, la confirmación y la eucaristía; y la catequesis permanente, inspirada en la Palabra, con miras a una identidad precisamente discipular y misionera.
- f. Espacios particularmente importantes para integrar la dimensión espiritual y formativa del compromiso con el pobre son: la familia, “escuela de fe” (DA 312); las parroquias, focos de formación comunitaria y de irradiación misionera; las pequeñas comunidades eclesiales, ámbito propicio para la escucha de la Palabra, la vivencia de la fraternidad, el ejercicio de la oración, el compromiso misionero; los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades, expresión de la dimensión carismática de la Iglesia; los seminarios y las casas de formación, para la promoción y el cultivo de las vocaciones, la educación en la solidaridad, la compasión, la entrega de la vida a la causa de los pobres.

3.2.2 *Estilo de vida pobre*

La espiritualidad del compromiso con el pobre lleva naturalmente al testimonio de la pobreza y al desprendimiento de los bienes materiales, como lo hacen tantos apóstoles de esta opción, particularmente en regiones rurales y en barrios pobres. El llamado a compartir la suerte de los pobres, implica que se viva con ellos y como ellos, aún trabajando como ellos, con sus manos (DM 14,15). El discípulo misionero, ante la cultura dominante del tener y de la acumulación, de esta sociedad de consumo desenfrenado, tiene que asumir un estilo de vida austero y solidario con quienes carecen de lo más básico para vivir y viven en condiciones infrahumanas (DA 540).

El Documento de Medellín es aún más radical que el de Aparecida en la insistencia en la vivencia eclesial de la pobreza:

Cristo nuestro Salvador no solo amó a los pobres, sino que siendo rico se hizo pobre, vivió en la pobreza, y fundó su Iglesia como signo de esa pobreza entre los pobres. La pobreza de la Iglesia y de sus miembros en América Latina debe ser signo y compromiso. Signo del amor inestimable del pobre a los ojos de Dios; compromiso de solidaridad con los que sufren. (DM 14,7)

Al fin y al cabo, el mundo de hoy ya no cree en las palabras sino en la fuerza del testimonio: “De los que viven en Cristo se espera un testimonio muy creíble de santidad y compromiso. En nuestra obras, nuestro pueblo sabe que comprendemos su dolor” (DA 352, 386). Por falta de testimonio en la vivencia de la pobreza muchos fieles han decidido llevar una vida de indiferencia y de éxodo a otras confesiones.

Las quejas sobre una jerarquía, el clero, los religiosos, que son ricos, no son pocas. Muchas causas han contribuido a crear esa imagen: los grandes edificios de instituciones eclesiales, las casas de los párrocos y los religiosos, mucho más confortables que las del barrio en que viven; los vehículos propios, a veces lujosos; un enriquecimiento relativamente común entre gente de Iglesia. (DM 14,2)

El ejemplo del Papa Francisco ha sido contagiante: se reunió con el obispo alemán Franz-Peter Tebartz-van, que había gastado millones de euros en la remodelación de su palacio episcopal, y lo apartó de su ministerio episcopal mientras que se hace una adecuada investigación de su comportamiento. Y creó una comisión especial para garantizar el manejo transparente de la banca vaticana y para asegurar su finalidad misionera. El testimonio radical de pobreza y de solidaridad con los pobres, por parte de la Iglesia, es aún más urgente ante las actuales circunstancias de enriquecimiento ilícito, de corrupción administrativa en el tesoro público, de la ambición al tener por encima de la dignidad humana, de la idolatría del dinero. Solo así puede denunciar la carencia injusta de los bienes de este mundo y el pecado que la engendra, y proponer la alternativa de la apertura al Señor y de la pobreza evangélica (DM 14,5; 14,6).

3.2.3 *Compromiso y espiritualidad en claves de cambio sistémico*

La compleja situación de los pobres y las sutiles estructuras socio-económicas que la producen y la sostienen, están exigiendo una espiritualidad y un compromiso con ellos inspirados en lo que hoy se conoce como el cambio sistémico. ¿De qué se trata? De un cambio, entendido como proceso, modificación, evolución de los condicionantes de la suerte de los pobres. Es sistémico en el sentido de lo estructural y lo integral, lo que se logra solo por medio de un trabajo en red, de autogestión, inculturado, hecho por y con los pobres. Implica una visión nueva, un cambio de mentalidad y de actitud, aún más, de paradigma. ¿Por qué? Por el deterioro progresivo de las condiciones de los pobres y la crisis socio-económica, por una globalización de la solidaridad, más allá de la del comercio y la economía, porque lo exige el Reino de Dios, cuyos ciudadanos son los pobres. Solo así se podrá transformar radicalmente la vida de los pobres, y garantizar la propuesta antropológica, espiritual y formativa de Aparecida en torno a la opción preferencial por los pobres (Carcellar, 2008).

Los clamores de los empobrecidos a causa de la inequidad social resuenan en todos los países: superación del hambre, erradicación de la pobreza extrema, democratización de la educación, igualdad de género, empoderamiento de la mujer, disminución de la mortalidad

infantil y materna, atención a enfermedades como el VIH/SIDA y la malaria, sostenibilidad del medio ambiente y desarrollo humano integral y sustentable... son algunos de los gritos que se lanzan desde las entrañas de los pueblos, tal como se refleja en los Objetivos de Desarrollo del Milenio. Estos gritos se están escuchando actualmente en movimientos como los de los Indignados y los de la Primavera Árabe, que manifiestan su inconformidad con el carácter excluyente del sistema económico y político.

Aunque la opción por los pobres hace parte ya de la Iglesia latinoamericana, se constata que, no obstante las buenas intenciones, sus proyectos y acciones siguen siendo asistenciales y no han logrado transformar condiciones de vida ni promueven plenamente el desarrollo humano integral. Por otra parte, en muchas ocasiones suele ocurrir que si bien se habla mucho de Evangelio, no siempre se lleva a la práctica. En esta perspectiva, el impulso de procesos de cambio sistémico replanteará nuestros métodos de servicio, para construir modelos más incluyentes, participativos e integradores, y para lograr la globalización de la solidaridad y una acción evangélica más eficaz; de este modo, además, se pretende superar la dispersión de fuerzas y recursos, en favor de la transformación de las condiciones de vida de las personas pobres y, en consecuencia, de la llegada del Reino.

El cambio sistémico, como servicio y compromiso, impulsa la búsqueda de procesos que favorezcan la transformación estructural de las sociedades con miras a la inclusión social, cubriendo las partes y las conexiones que las conforman. Pero esta herramienta será eficaz solo si cuenta con la disponibilidad y la apertura personal al cambio, que lleva a transformaciones sustanciales en la manera de entender a los demás, especialmente a quienes se pretende servir con las acciones pastorales. Igualmente, se reconoce que las prácticas de este cambio pueden dar otro rostro a la globalización, valorizando la solidaridad y promoviendo la construcción de relaciones más equitativas.

En los términos de Aparecida, “la opción preferencial por los pobres es uno de los rasgos que marca la fisonomía de la Iglesia latinoamericana y caribeña” (DA 391); “está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza” (DA 392); “corre el riesgo de quedarse en un plano teórico o

meramente emotivo; reclama una actitud permanente que se manifieste en opciones y gestos concretos, y evite toda actitud paternalista” (DA 397).

4. San Vicente y el compromiso efectivo y afectivo con el pobre

4.1 El tiempo y la experiencia de Vicente de Paúl

El siglo XVII, época en la que vivió y luchó Vicente de Paúl, dominaba un tipo de espiritualidad que se apoyaba sobre la base de una alta teología que se movía entre las elucubraciones de teólogos que no lograban influir en la vida del pueblo común. Una teología desencarnada, que poco tocaba la realidad del pueblo. Dentro de la Iglesia se movían corrientes espirituales que tendían a alcanzar la santidad en la esfera de la vida contemplativa. En este contexto, por ejemplo, Vicente de Paúl logró una novedosa forma de vida religiosa cuando fundó a las Hijas de la Caridad, que se constituyen en el primer instituto desenclaustrado y que tiende a la santidad pero en el compromiso directo con las realidades sociales del momento. Llegó a decir a las hermanas:

Considerarán que no se hallan en una religión, ya que este estado no conviene a los servicios de su vocación. Sin embargo como se ven más expuestas a las ocasiones de pecado que las religiosas obligadas a guardar clausura puesto que no tienen por monasterio las casas de los enfermos y aquella en que reside la Superiora, por celda un cuarto de alquiler, por capilla la iglesia de la parroquia, por claustro las calles de la ciudad, por clausura la obediencia sin que tengan que ir a otra parte más que a las casas de los enfermos o a los lugares necesarios para su servicio, por rejas el temor de Dios, por velo la santa modestia. (Vicente, 1975, v. IX, pp.1178-1179)

Todas las formas de espiritualidad resultaban demasiados elevadas, intimistas y con muy poca referencia al encuentro con Dios en el hombre (pobre). “La espiritualidad medieval tendía, como para Platón, a evadirse del cuerpo para elevarse hacia lo alto. Se pensó en la definición de oración como elevación de la mente a Dios” (Mezzadri, 2010, p.464). Vicente

de Paúl, de manera progresiva, echó a tierra ese tipo de espiritualidad, que se quedaba sólo en la contemplación, y la unió a una espiritualidad activa, volcada hacia el encuentro de Cristo en el pobre. Esta espiritualidad es genuina, encarnada, cristocéntrica, evangélica, sin visos de “sociologismo”.

El siglo XVII, llamado el “Gran Siglo francés” fue realmente el siglo de los pobres. El Reino de Francia había logrado centralizar todo en la monarquía, de suerte que las grandes masas urbanas y rurales quedaban a la deriva de cualquier solución efectiva y, como lo constató el mismo Vicente de Paúl, los pobres se multiplicaban de día en día. La sociedad se había consolidado en una estructura estamental, es decir, por la agrupación de los ciudadanos en estamentos muy diferenciados: el clero, la nobleza y el pueblo. Éste último constituía un cuadro popular de clases sociales en el que en la parte inferior se ubicaban las grandes masas de pobres, afectada por la trilogía que caracterizaba la época: la peste, el hambre y la guerra. La clase humilde, tremendamente marginada, estaba fuera de las estructuras socio-económico-políticas; la misma sociedad rechazaba a los pobres por su condición. Era realmente el tiempo de los pobres; el tiempo en el que los pobres estaban continuamente amenazados por las estructuras corruptas; los pobres dependían sólo de su trabajo, era de lo único que sobrevivían, y cuando éste les faltaba sufrían, porque entonces ¿de qué iban a seguir viviendo? Se calcula que el umbral de la pobreza era alcanzado cuando la renta disponible igualaba al del costo del pan. Bajo este nivel había solo miseria, que es pobreza sin esperanza, como propia de quien está sin trabajo, sin recursos, sin pan, sin dignidad. Un simple ejemplo de esta situación lo podemos corroborar en uno de tantos estudios que nos aproximan al drama de los pobres:

Acabamos de visitar 35 aldeas del decanato de Guisa, en donde encontramos a cerca de 600 personas cuya miseria es tal que se arrojan sobre los perros y caballos muertos, después de que los lobos han saciado su hambre. Sólo en Guisa hay más de 500 enfermos metidos en cuevas y en los huecos de las cavernas, lugares más propios para alojar bestias que hombres. El hambre es tan terrible que nos ha tocado ver a los hombres comer tierra, o hierba, o arrancar la corteza de los árboles o desgarrar los mismos harapos de que van cubiertos para devorarlos. Pero, algo que no nos atreveríamos a decir si no lo hubiéramos visto con nuestros

propios ojos, y es algo que causa horror, se comen los brazos y las manos y mueren en el desespero. (Tamayo & Panqueva, 1981, pp. 11-12)

En el plano religioso-ecclesial las cosas no eran mejores. El sistema que se había logrado establecer hacía que la Iglesia estuviera en el estado y que éste estuviera en la Iglesia. El clero en general, vivía desentendido de estas realidades y se hallaba incluso en situación de miseria por la escasa formación. Por parte del pueblo, a pesar de que Vicente reconoce que “entre los pobres está la verdadera religión”, la ignorancia religiosa y el estado de abandono era tal que la asistencia corporal era tan urgente como la formación en las verdades de la fe. Frente a este panorama crítico del Gran Siglo, Vicente de Paúl no encausó su respuesta efectiva en la línea del tranquilizar las conciencias recomendando, por ejemplo, la limosna. Él, que bien conoció la situación real de los pobres, se propuso luchar contra la misma pobreza y responder desde la caridad organizada y comprometida. Vicente de Paúl no nació con esta sensibilidad evangélica hacia el mundo de los pobres, sino que poco a poco, en el contacto directo con tantas formas de pobreza, va descubriendo que los pobres le muestran a Jesucristo y Éste le llama a servirle en aquellos. Nada tan ajeno a la realidad como tener la idea de que Vicente realizó desde muy pequeño esta experiencia de servicio a los pobres. Las experiencias sucesivas que va viviendo en distintos lugares a donde llega, lo van percatando de que el “pobre pueblo se muere de hambre y se condena”. Vicente va viviendo una trayectoria que lo lleva a encontrar al Dios de Jesucristo presente en los pobres, y a descubrir el sentido de los mismos pobres.

El panorama de los pobres, arriba descrito, constituye un dolor para Vicente: “Los pobres que no saben a dónde ir ni qué hacer, que sufren y se multiplican todos los días, constituyen mi peso y mi dolor (Ibáñez. 1993, p. 50). Vicente no le dio la espalda a los sufrimientos humanos, se comprometió con ellos, porque descubrió en los pobres el rostro de Cristo sufriente: No hemos de considerar a los pobres según su aspecto exterior, sino que hemos de mirarles a la luz de la fe y entonces nos parecerán como imágenes de Jesús, que quiso ser pobre y que nos es representado por los pobres. Para Vicente de Paúl resulta difícil descubrir al pobre o encontrarse con el pobre desde un escritorio o encerrado en los muros de un monasterio. Un caso de la vida de Vicente de Paúl nos sirve de modelo:

El domingo 20 de agosto de 1617, la señora Chaissagne le informa que en una casa, alejada más de 1 kilómetro de las otras, todos estaban enfermos, sin que quedase nadie para atender a los demás. A través de la voz de esta señora, Vicente descubre que Dios grita desde las heridas de los pobres. Profundamente emocionado, el párroco habla en la homilía dominical de la situación de esta familia. Sus palabras conmueven a los parroquianos y les impulsa a ir a visitarla. El pueblo responde en masa a esta necesidad. El párroco se queda admirado de esta respuesta, pero no está satisfecho, porque si todos han ayudado hoy a esta familia pobre, mañana se va a quedar abandonada. He aquí una gran caridad, dice él, pero está mal organizada. (Ibid. p. 38)

En este hecho Vicente se da cuenta de que el compromiso con el pobre concreto será la prueba de quien cree que Jesucristo está de lado de los pobres. Creer en Jesucristo, es creer que Él trabajó, caminó, luchó, defendió y dio la vida por los abandonados. La fe supone entonces, un compromiso real con el pobre. En la miseria de los pobres Vicente descubre su vocación (Ibáñez, 1993).

4.2 La caridad encarnada

La revelación del Padre, que es Jesucristo, no puede ser un misterio para admirar, para adorar, para contemplar, sino que tiene que ser el motor que lance a la Iglesia a servir a los más abandonados. Vicente unió muy bien estas dos realidades: la divina y la humana. Los pobres ya no están en los templos, ya no están en las sacristías, están en las calles de la ciudad y en los campos. La encarnación, será entonces, el origen de su antropología. La presencia del misterio de Cristo en el pobre constituye el núcleo de su espiritualidad y acción. En Jesucristo descubre Vicente de Paúl el inmenso amor de Dios al hombre y la verdad de todo hombre (GS 22), particularmente de los pobres. Vicente de Paúl no es un hombre teórico. Esto no equivale a decir que no fue reflexivo. No elaboró discursos ni tratados sobre los pobres. Creía, no de palabra, que el andrajoso, el pobre de la calle, era su hermano. No es el amor de los hombres lo que le ha conducido a la santidad, sino que ha sido más bien la santidad la que le ha hecho verdadera y eficazmente caritativo; no han

sido los pobres los que le han dado a Dios, sino, por el contrario, Dios, el Verbo encarnado, quien le ha dado a los pobres.

4.3 ¿Cómo consideró Vicente a los pobres?

Vicente de Paúl encontró en los pobres su verdadera vocación y misión. Como se acaba de decir, no fue un teórico de los pobres ni de la pobreza, nunca empleó, por ejemplo, la expresión “opción por los pobres”, pero de mil maneras en sus cartas y conferencias deja ver cuál es su mirada de fe sobre los pobres, a tal punto de llegar a decir que ellos “constituyen su herencia” (Vicente, 1974, v. XI-3, p. 324). Podría decirse, sin llegar a forzar las cosas, que en sus variadas expresiones o formulaciones, se adelantó muchos siglos a lo que en los tiempos posconciliares se afirma en la teología, en el magisterio y en la praxis pastoral.

4.3.1 Los pobres son ‘nuestros amos y maestros’

Los pobres lo sensibilizan a entregarse de lleno a la causa de ellos: sus sufrimientos, su miseria, el abandono en el que se encuentran serán su mejor cátedra, con ellos aprende a acercarse a Dios, a acercarse al Evangelio. La expresión los pobres son nuestros amos y maestros es usual en Vicente de Paúl y expresa la urgencia de amarlos y servirlos como se ama y se sirve al único Señor y Maestro. El sentido y el contenido de esta expresión sólo se comprenden desde esa identificación de Cristo con el pobre y del pobre con Cristo. Esta formulación, que Vicente de Paúl declara habérsela oído a los religiosos hospitalarios de Italia, la hace suya refiriéndola a la nueva y especial relación que deben observar “los siervos” respecto a sus “amos” y se traduce en el compromiso de “entrar en sus sufrimientos para sufrir con ellos, sentir con sus miserias, servirlos como lo hizo Jesucristo (Somos Vicencianos, 2013)^a. Los pobres, en razón de su identificación con Cristo, son en realidad como el mismo Cristo, señores y maestros en la experiencia de fe de Vicente de Paúl (Ibáñez, 1993, p. 57). A los pobres hay que brindarles todo el respeto, el cariño, todo el servicio que se merecen. Por encima de cualquier obediencia ciega, de cualquier

imposición o dominio, que venga de una autoridad, prima la obediencia a los pobres, ellos son amos y señores. Por ello llegó a decir Vicente de Paúl:

Vayamos, pues, hermanos míos, exhorta a los misioneros, y ocupémonos con nuevo amor en servir a los pobres, e incluso busquemos a los más pobres y más abandonados; reconozcamos delante de Dios que son nuestros señores y maestros y que somos indignos de ofrecerles nuestros pequeños servicios. (Somos Vicencianos, 2013)^b

¿Cómo no reconocer que los pobres son nuestros amos y señores, siendo que el mismo Jesús los sirvió, se puso de su lado? El mismo Jesús decía que quien le sirve a uno de estos pequeños, le sirve a Él. No hay entonces ninguna diferencia entre servir a Dios y servir a los pobres. En esta experiencia de fe, no sólo servir a los pobres es ir a Dios, sino también el servicio a Dios se vive y se relaciona en el servicio a los pobres, señores y maestros, imágenes al natural de Cristo, señores y maestros.

4.3.2 *Los pobres serán nuestros jueces*

Vicente supo descubrir en los pobres la presencia de Dios; y serán los pobres, los que al final de nuestros días nos juzgarán. En la espiritualidad vicentina este es uno de los ejes fundamentales: el juicio de los pobres, que hunde sus raíces en la lectura del capítulo 25 de San Mateo. La causa de Jesús es la causa de los pobres; en favor de ellos, Jesús desarrolló toda su misión. San Vicente descubrió que los pobres tienen el poder de condenarnos; pero también, tienen el poder de salvarnos. De otro lado, los pobres con su presencia tienen el poder de convocarnos ante el tribunal de Dios y de la historia, y contribuyen a que la mirada de fe sobre ellos se aclare, pues enseñan a ver con los ojos de la justicia de Dios. El capítulo 25 de Mateo es punto de referencia en el pensamiento de Vicente de Paúl, que llegó a decir a las Hijas de la Caridad:

Si Dios da una eternidad bienaventurada a los que no han ofrecido más que un vaso de agua, ¿qué dará a una Hija de la Caridad, que lo deja todo y se entrega a sí misma para servirle durante toda la vida?... Tiene motivos para esperar ser de aquéllos a los que se dirá: ‘Venid,

benditas de mi Padre, poseed el reino que os está preparado’... Los pobres asistidos por ella serán sus intercesores delante de Dios; acudirán en montón a su encuentro; dirán al buen Dios: ‘Dios mío, ésta es la que nos asistió por tu amor. (Vicente, 1975, v. IX, pp. 240-241)

4.3.3 *Los pobres son camino de peregrinación*

Hoy se está afirmando mucho la necesaria peregrinación hacia los pobres, como camino de evangelización y de testimonio evangélico. Los pobres son el camino de unión con Dios. A Dios llegamos por Jesucristo, y a Jesucristo llegamos por los pobres. El teólogo Edward Schillebeeckx decía que fuera del mundo no hay salvación; y Jon Sobrino, decía más radicalmente, que fuera de los pobres no hay salvación. Para Vicente de Paúl, no fueron los pobres los que lo condujeron a Dios, sino que fue Dios el que lo condujo a los pobres. En este camino no hay posibilidad de error: en el servicio a los pobres se encuentra a Jesucristo y en Jesucristo se encuentra a Dios. Porque los pobres son el lugar privilegiado de encuentro con Dios y con Cristo; Vicente pudo declarar: Servir a los pobres es ir a Dios. El servicio a los pobres constituye para él la nueva regla de la perfección, que le conduce al encuentro con Dios y a la unión con él (Ibáñez, 1993, p. 53).

Ahora bien, decir que los pobres son camino de peregrinación supone una movilidad y oportunidad de conversión, que está en sintonía con el reciente Mensaje del Sínodo sobre la Nueva Evangelización:

A los pobres les reconocemos un lugar privilegiado en nuestras comunidades, un puesto que no excluye a nadie, pero que quiere ser un reflejo de cómo Jesús se ha unido a ellos. La presencia del pobre en nuestras comunidades es misteriosamente potente: cambia a las personas más que un discurso, enseña fidelidad, hace entender la fragilidad de la vida, exige oración; en definitiva, conduce a Cristo. (Benedicto XVI, 2012)

4.3.4 *Los pobres nos evangelizan*

Este pensamiento de Vicente de Paúl está muy conectado con el pensamiento de Jesucristo. “Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se las has revelado a ingenuos” (Lc 10, 21). El binomio pobre-evangelización es inseparable en el pensamiento y en la acción de Vicente de Paúl y constituye el centro de su misión en la Iglesia: *Evangelizare pauperibus misit me*. Si bien es cierto que la expresión no es propia de San Vicente, sí lo es la aplicación en su experiencia. Como son nuestros amos y maestros, ellos nos enseñan a acercarnos a Dios, nos interpelan con su sufrimiento, nos muestran el rostro de la pobreza, nos recuerdan que los secretos del Reino sólo a ellos les ha sido revelado por beneplácito divino. La cita del evangelio expresa que para Jesús entre la gente humilde y sencilla hay una tremenda fuerza de cambio, hay una espiritualidad que no la pueden percibir los poderosos, los sabios y los entendidos de este mundo. “Admirable resulta la persistencia de grandes virtudes entre los pobres, que son solidarios entre ellos, acogedores, religiosos, y emplean sus mejores esfuerzos en dar alimentación, salud y educación a sus hijos” (DPA 126).

Los pobres son poseedores de amor, de esperanza, de solidaridad y de deseos de vivir. Carentes de todo lo material, pero llenos de una gran espiritualidad, que constituye su única riqueza. Los pobres son capaces de mantener la esperanza, la alegría, la solidaridad, la fe, aún en medio de las grandes adversidades y carencias. Esta espiritualidad es de gran esperanza, y es una protesta para quienes se han sentado en el poder, en el tener, en el saber y en el prestigio. En los humildes del campo, en los de abajo, existe una verdadera religiosidad capaz de transformar a los de arriba.

San Vicente aprendió de los pobres, de ellos sacaba lecciones para orientar a los misioneros, vivía convencido de que ellos nos evangelizan. La frase, aunque suene estereotipada, representa no sólo una convicción, sino también un desafío, porque está invitando a dejarse transformar por los valores del Reino, cuyos destinatarios privilegiados son los pobres.

4.3.5 *Los pobres son el rostro de Cristo*

Comúnmente afirmamos en el contexto de la espiritualidad vicentina que los pobres son “sacramento de Cristo”, es decir que ellos nos representan a Cristo realmente. En ellos está escandalosamente el rostro de Dios (La experiencia de SVP 516). El hecho mismo de creer en Jesucristo tiene que llevar al cristiano a un compromiso de solidaridad con el rostro sufriente: de quien está en la cárcel, de los miles de desplazados y refugiados, de los drogadictos y de los que caen en la trata de personas y de tantos otros rostros humanos que hacen presente a Cristo en la historia (DA 394). Cuando se sirve a los pobres se sirve a Jesucristo, afirmó Vicente de Paúl. Qué gran verdad es ésta. Servís a Jesucristo en la persona de los pobres. Y esto es tan cierto como que estamos aquí.

Una hermana irá diez veces cada día a ver a los enfermos, y diez veces cada día encontrará en ellos a Dios. Id a ver a los pobres condenados a galera, y en ellos encontraréis a Dios; servid a los niños expósitos, y en ellos encontraréis a Dios; vais a las casas pobres, pero allí encontráis a Dios. (Ibáñez, 1993, p. 65)

Al amar a los pobres vemos toda la dimensión de profundidad que tiene ese hombre de carne y hueso, descubrimos que ese pobre “re-presenta”, hace presente a Jesucristo. He aquí una intuición central de Vicente de Paúl, que lo induce a superar cualquier asomo de visión interesada o puramente humana del pobre. Para llegar, no sólo a afirmar, sino a actuar desde este credo evangélico, es necesario hacer una permanente lectura del evangelio. Con razón el director del filme *Monsieur Vincent*, Maurice Cloche, pone en labios de Vicente de Paúl una frase que aunque no la pronunció jamás el Santo de la caridad, si le cabe en su visión de los pobres. La frase es la siguiente: "Ellos –los pobres– son tus amos terriblemente susceptibles y exigentes, ya lo verás. Por tanto; cuanto más repugnantes sean y más sucios estén, cuanto más injusto y grosero sean tanto más deberás darle tu amor... Sólo por tu amor, por tu amor únicamente te perdonarán los pobres el pan que tú les das".

4.4 *La compasión de Vicente por los pobres*

“Ser cristiano y ver afligido a un hermano, sin llorar con él ni sentirse enfermo con él, eso no es tener caridad. Es ser cristiano en pintura, es carecer de humanidad, es ser peor que las bestias” (Ibáñez, 1993, p.77). Esta reflexión de San Vicente resume perfectamente lo que es la compasión y la misericordia por el otro. San Vicente sintió profundamente en su corazón el sufrimiento de los pobres. No podía quedarse indiferente ante los rostros que en el camino le recordaban que Cristo en ellos nos espera. Cada vez que tenía contacto con ellos y veía sus sufrimientos, su corazón se abría, su corazón se convertía en una casa abierta donde todos los pobres pudieran entrar. La realidad de miseria que se veía por todo lado lo cuestionó, lo conmovió.

Los pobres, que no saben a dónde ir, ni qué hacer, que sufren y se multiplican todos los días, constituyen mi peso y mi dolor. Es poca cosa oír y leer estas cosas; sería menester verlas y comprobarlas con los propios ojos. Yo he visto a esas pobres gentes tratadas como bestias. (Somos Vicencianos, 2013)^c

La compasión por el pobre nace de la fe. Creer en Jesucristo y no asistir al pobre es ser cristiano en pintura. La fe en Jesús, cuando se carece del respeto hacia el otro, cuando se pasa de largo frente al dolor, es una mentira, una farsa (Nolan, 1981, p. 227). Hoy, como siempre, sigue existiendo el peligro de quedarse en una mera preocupación, en un interés, en un romanticismo con respeto a los pobres, en un acto de puro asistencialismo, pero lejos del amor efectivo que hay que sentir por ellos. San Vicente se refirió al amor afectivo y efectivo hacia los pobres, el primero expresa la ternura en el amor que lleva al segundo, una caridad vivida con manos, operativa, eficiente, transformadora. “Vicente de Paúl tiene un corazón apasionado por los pobres hasta quedarse totalmente como en un holocausto. Los pobres son su pasión dominante. Y, ante una pasión así, todo lo demás queda en un segundo plano”.

4.5 *La fe y la vida*

Vicente de Paúl unió muy bien estas dos realidades que estaban separadas en la vida social y religiosa de su tiempo. “Amemos a Dios, hermanos míos, amemos a Dios, pero que sea a costa de nuestros brazos, que sea con el sudor de nuestra frente” (Ibáñez, 1993, p. 66). Desde su realismo, quiere que a la hora de amar al pobre, se pase de la teoría a la praxis liberadora:

Hemos de tener mucho cuidado en esto, porque hay muchos que, preocupados de tener un aspecto externo de compostura y el interior llenos de grandes sentimientos de Dios, se detienen en esto; y cuando se llega a los hechos y se presentan ocasiones de obrar, se quedan cortos. Se muestran satisfechos de su imaginación calenturienta, contentos con los dulces coloquios que tienen con Dios en la oración; hablan de esto como si fueran ángeles; pero luego, cuando se trata de trabajar con Dios, de instruir a los pobres, de ir a buscar la oveja descarriada, de desear que les falte alguna cosa, de aceptar las enfermedades o cualquier cosa desagradable, todo se viene abajo y les faltan los ánimos. (Ibid. p. 66)

Con su experiencia espiritual que unificó fe y vida, Vicente de Paúl echó a tierra el dualismo, la esquizofrenia, en que muchas veces se vivía la vida cristiana de su época y las miles de corrientes espiritualistas. Vicente supo unir el mundo de lo divino y el mundo de lo humano, con base en la encarnación del Verbo, cuyo misterio contempló permanentemente. La vida espiritual de San Vicente no se puede separar del compromiso con el pobre. Esta experiencia de unir lo divino con lo humano, purifica la vida cristiana de cualquier tendencia ideológica, espiritualista y activista; cuando se trata de la justicia y de la vida espiritual, resulta muy peligroso y sospechoso una vida espiritual que sólo se quede en rezos, cultos, sentimientos, discursos bonitos, pero que no aterrizan en el amor al otro, en la acción en favor de los pobres. Y esto es tan cierto que el apóstol Santiago declara que solamente nuestras obras son las que certifican nuestra fe. Pensemos, pues, en esto; sobre todo teniendo en cuenta que “en este siglo hay muchos que parecen virtuosos, y que lo son efectivamente, pero se inclinan a una vida tranquila y muelle, antes que a una devoción esforzada y sólida” (Ibáñez, 1993, p. 67). Vicente de Paúl sigue siendo un santo vivo y

actual, como lo sigue siendo el compromiso con el pobre que Jesucristo vino a anunciar y que la Iglesia, sobre todo en estos tiempos actuales, está re-descubriendo.

CONCLUSIONES

A punto de cerrar esta investigación me permito formular unos puntos que tienen carácter, al mismo tiempo, de síntesis de la reflexión hecha y de proyección de sus resultados, tanto al nivel de la formación de los discípulos para los tiempos actuales, como de la proyección pastoral de los misioneros que reclaman hoy la Iglesia y el mundo:

1. Los pobres, con sus valores, han sido, y siguen siendo, una propuesta antropológica de realización humana, y una poderosa fuerza de cambio, capaz de transformar a quienes han pensado por décadas que el desarrollo por el desarrollo, la ciencia, la técnica y el dinero tienen la última palabra. Ese potencial es, aún más, teológico, porque proviene de Jesús de Nazareth, que se hizo hombre haciéndose pobre y que vivió pobre y al lado de los pobres, como lo hicieron, a su ejemplo, Vicente de Paúl y tantos otros, que han llegado a cambiar la suerte no solo de los pobres sino también de los pueblos, por su compromiso de pobreza.
2. Fue precisamente el mismo Vicente de Paúl el que afirmó que: “los pobres nos evangelizan”, que “la verdadera religión está entre los pobres”. De esta manera él anticipó, en siglos, al Vaticano II y al deseo del Papa que lo convocó, Juan XXIII, de una Iglesia pobre y para los pobres; y a las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano que han hecho una reflexión sobre la urgencia de la opción por los pobres, en clave de antropología y de espiritualidad, como semillas del Verbo que se encuentran presentes en estas tierras benditas de América Latina.
3. Las víctimas sufrientes de estos pueblos continúan pidiendo a gritos una mayor presencia, un mayor acompañamiento, un mayor compromiso y una mayor entrega por parte de la Iglesia. Para ellos, la Iglesia sigue siendo una esperanza, si no la última,

puesto que el sistema que ha tomado las riendas del mundo (globalización, capitalismo, neoliberalismo) amenaza cada día con eliminarlos.

4. El cambio de la primacía del hombre por el culto al dinero, al cuerpo y a la técnica, está creando una cultura de la indiferencia y de la insensibilidad por el otro y por la naturaleza, que aún puede ser bautizada por la fe a través del compromiso con el pobre.
5. Aparecida volvió nuevamente a poner a los pobres en el centro de la identidad del discipulado misionero, sin este distintivo el creyente se queda en cuidados intensivos, casi sin vida. Por el contrario, la opción por los pobres, y la espiritualidad que esto implica, será al mismo tiempo un movimiento del discípulo misionero hacia ellos y de ellos hacia el discípulo misionero, en el que todos ganan.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Benedicto XVI, Papa XVI. (2012). *XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos. Mensaje al pueblo de Dios*. Recuperado de http://www.vatican.va/roman_curia/synod/documents/rc_synod_doc_20121026_message-synod_sp.html

_____. (2010). *Exhortación apostólica postsinodal Verbum Domini. La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia*. Bogotá: San Pablo.

Biblia de Jerusalén. (1967). Bilbao: Desclée De Brouwer.

Brighenti, A. (2008)^a. *Para entender el Documento de Aparecida*. Bogotá: San Pablo.

_____. (2008)^b. *La desafiante propuesta de Aparecida*. Bogotá: San Pablo.

Carcellar, N et al. (2008). *Semillas de esperanza*. México: La Milagrosa.

Carrasquilla, F. (1997). *Escuchemos a los pobres. Aportes para una antropología de los pobres*. Bogotá: Indo-American Press.

Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM. (1969). *Medellín. Conclusiones*. Bogotá: CELAM.

_____. (1992). Santo Domingo. Conclusiones. Bogotá: CELAM.

_____. (2005). *Hacia la Quinta Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe: Discípulos y Misioneros de Jesucristo, para que Nuestros Pueblos en El Tengan Vida. -Soy el Camino, la Verdad y la Vida- (Jn 14,6). Documento de Participación*. Bogotá: CELAM.

_____. (2007). *Documento Conclusivo de Aparecida*. Bogotá: CELAM.

Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM. (2007). *Síntesis de los aportes recibidos para la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*. Bogotá: CELAM.

Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM; Depto. de Vocaciones y Ministerios, DEVYM. (2011). *Congreso Continental Latinoamericano de Vocaciones, 2do, ene 31 - feb 5, 2011, Cartago, Costa Rica. Documento conclusivo. Maestro, en tu Palabra, echaré las redes*. Bogotá: CELAM.

CURIA GENERALIS CONGREGATIONIS MISSIONIS. (1984). *Constitutiones Congregationis Missionis*. Tivoli, Roma: La Casa della Stampa.

Francisco, Papa (2013). *Mensaje del Santo Padre Francisco para la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado 2014*. Recuperado de http://www.vatican.va/holy_father/francesco/messages/migration/documents/papa-francesco_20130805_world-migrants-day_sp.html

Ibañez, J.M. (1993). *La fe verificada en el amor*. Madrid: San Pablo.

Nolan, A. (1981). *¿Quién es este hombre? Jesús antes del cristianismo*. Santander: Sal Terrae.

Restrepo, J.D. (2013, 6 al 19 de octubre). La Iglesia que cura heridas. *Vida Nueva Colombia*. (85).

Somos Vicencianos (2013)^a. *Vicente de Paúl, memoria y desafío*. Recuperado de <http://somos.vicencianos.org/blog/2013/09/06/vicente-de-paul-memoria-y-desafio/>

_____. (2013)^b. *Espiritualidad vicenciana: Espíritu propio*. Recuperado de <http://somos.vicencianos.org/blog/2013/07/01/espiritualidad-vicenciana-espiritu-propio/>

_____. (2013)^c. *Los pobres: una terrible pregunta de Dios*. Recuperado de <http://somos.vicencianos.org/blog/2013/09/25/los-pobres-una-terrible-pregunta-de-dios/>

Suess, P. (2008). *Diccionario de Aparecida. 40 palabras clave para una lectura pastoral del documento de Aparecida*. Bogotá: San Pablo.

SUPERIORES MAYORES, Provinciales Jesuitas de América Latina y el Caribe. (2013). *Provinciales Jesuitas de América Latina reprueban sentencia y urgen se respeten los derechos de los migrantes y sus descendientes en república dominicana*. CPAL. Recuperado de <http://www.cpalsj.org/provinciales-jesuitas-de-america-latina-reprueban-sentencia-en-republica-dominicana/>

Tamayo, A. & Panqueva, A. (1981). *Opción por los pobres, compromiso de ayer y hoy*. Bogotá: CEVI.

Vicencianos, Red de Blogs. (2013). *10º Domingo de tiempo ordinario (Reflexión de Rosalino Dizón Reyes*. Recuperado de <http://somos.vicencianos.org/comentarios/2013/06/03/10o-domingo-de-tiempo-ordinario-reflexion-de-rosalino-dizon-reyes/>

Vicente de Paul, Santo. (1974). *Obras Completas de San Vicente de Paul*. v.XI-4. Salamanca: Sígueme.

Vicente de Paul, Santo. (1974). *Obras Completas de San Vicente de Paul*. v.XI-3. Salamanca: Sígueme.

Vicente de Paul, Santo. (1975). *Obras Completas de San Vicente de Paul*. v.IX-2. Salamanca: Sígueme.